

86-1 (467851)

IV

OBRAS POSTUMAS

DE

D. RICARDO MURPHY

y Mécade.

1832. 1840.



SANTA CRUZ DE TENERIFE.---1854.

*Imprenta y Librería de D. Vicente Bonnet,
calle de S. Francisco núm. 10.*

V

LIBRO DE LOS SACRAMENTOS

de los sacramentos
de la Iglesia Católica
según el rito Romano
de los siglos XV y XVI

LIBRO DE LOS SACRAMENTOS

del sacramento del matrimonio
que es el vínculo de la vida
que se celebra en error
y se celebra con aquella
habiendo un y muy grande

de los sacramentos
de la Iglesia Católica
según el rito Romano
de los siglos XV y XVI

1828

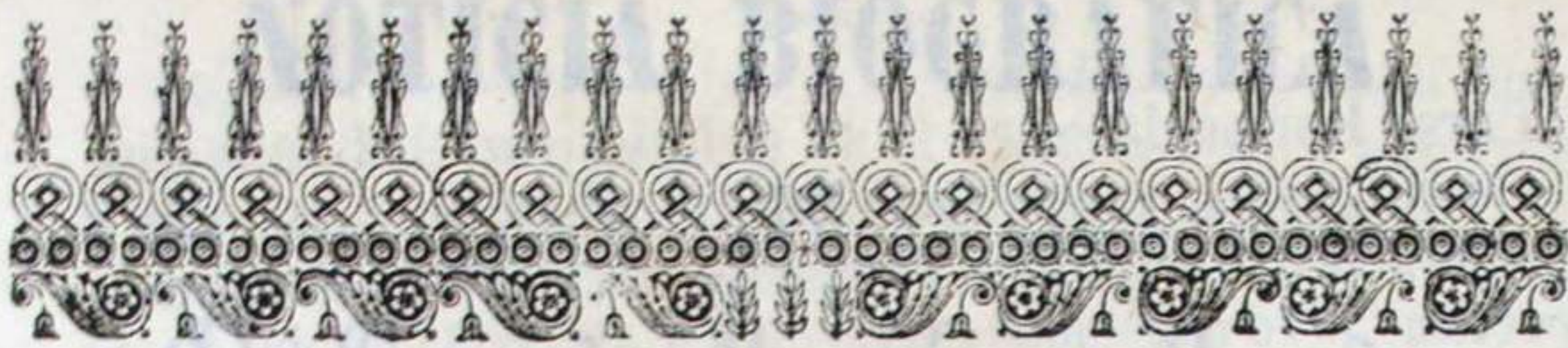
de los sacramentos
de la Iglesia Católica
según el rito Romano
de los siglos XV y XVI



de los sacramentos
de la Iglesia Católica
según el rito Romano
de los siglos XV y XVI

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Imprenta y Librería de D. Vicente Bonet,
calle de S. Francisco núm. 40.



DOS PALABRAS AL LECTOR.

Un deber de amistad y patriotismo me impulsa á publicar estas poesias, que la ternura de una madre me ha confiado.

¿Qué podré yo decir en abono del inolvidable D. Ricardo Murphy, que no sea pálido y frio á lado de las sentidas frases con que mi amigo D. José P. Sanson, juzga las obras de aquel jóven y malogrado autor? Consignado está en los apuntes biográficos que encabezan la publicacion.

Dos épocas muy distintas caracterizan estos versos.

La primera, desde 1832 á 1838 nos dan á conocer los primeros pasos del autor en la espinosa senda de las letras. Odas idilios, anacreónticas, dulces y suaves emanaciones de un corazon juvenil; poesía sencilla y candorosa, estilo puro y castizo que nos revelan la lectura de Moratin, Melendez y Martinez de la Rosa.

La segunda parte, desde 1838 á 1840, nos presenta versos impregnados ya de triste melancolía. El genio del poeta ha cambiado. La horrible enfermedad que siente desarrollarse en su pecho y que á pasos agigantados le conduce al sepulcro, comunica á sus creaciones un indefinible matiz de tristura, y se deja ya entrever su infausto destino.

Catorce años han pasado desde que dejó de existir. Tiempo es de que su patria eleve á su memoria un monumento imperecedero. Ya que ni siquiera posee sus cenizas, posea al menos sus obras.

J. D. DUGOUR.

1.º de Junio de 1854.



DOS PERÍODOS DE LA LINGÜÍSTICA.

Un deber de amistad y patriotismo me impulsó á publicar estas poesías, que la ternura de una madre me ha conlucido. ¿Qué podré yo decir en abono del inolvidable D. Ricardo Murphy, que no sea pálido y frío á lado de las sentidas frases con que mi amigo D. José P. Sansón, junta las obras de aquel jóven y malogrado autor? Consignado está en los apuntes biográficos que encabezan la publicación.

Los períodos muy distintas caracterizan estos versos. La primera, desde 1833 á 1838 nos dan á conocer los primeros pasos del autor en la espinosa senda de las letras. Obras idilios, anacronísticas, dulces y suaves emanaciones de un corazón juvenil; poesía sencilla y candorosa, estilo puro y casto, no que nos revelan la lectura de Morán, Meléndez y Martí-
nez de la Rosa.

La segunda parte, desde 1838 á 1840, nos presenta versos impregnados ya de triste melancolía. El genio del poeta ha cambiado. La horrible enfermedad que sufre desarrollarse en su pecho y que á pasos agigantados lo conduce al sepulcro, comunica á sus creaciones un indelible matiz de tristor, y se deja ya entrever su infuasto destino.

Diez años han pasado desde que dejó de existir. Tiempo es de que su patria eleve á su memoria un monumento im-
percedero. Ya que ni siquiera posee sus cenizas, posea al menos sus obras.

J. D. Bucour.

1.º de Junio de 1854.

NOTICIA BIOGRAFICA

DE

D. Ricardo Murphy y Meade.

Pocas cosas hay tan tristes en los anales de la literatura como la aparición de algunos ingenios que, al ir á tomar aliento, henchidos de las mas alhagüenas esperanzas, para seguir su apenas si comenzada carrera y arribar á la escabrosísima eminencia que divisaron entre sueños coronada de resplandor, sienten de sobresalto helárseles la sangre, y contemplan abierta á sus pies la horrible sepultura que va á encerrar para siempre unas ilusiones tan queridas. ¡Dichosos si al menos la duda, ese cáncer del pensamiento, no ha logrado sobreverse en su espíritu! Dichosos si la religion, encontrando eco en sus almas, les muestra, como á nuestro compatriota, allende la fatal fosa, el consolador vislumbre de la inmortalidad!... Porque es de sumo doloroso ser uno jóven, sentir bullendo en su imaginacion mil ideas grandes, sublimes, quererlas dar vida, y morirse, ántes de granjear el apetecido objeto, sin creencias, sin otro porvenir que el sepulcro, y su reposo de que no se disfruta! Imposible es dejar de hacer estas reflexiones al trazar la triste biografia del jóven Canario con cuyo nombre va encabezado este artículo. Si nuestros lectores no rehuyen acompañarnos hasta el fin, conocerán todo el idealismo que aquella existencia atesoraba, y lamentarán con nosotros la desventurada suerte del autor de la hermosa composicion *A la Catedral de S. Pablo en Lóndres*, del entusiasta y virtuoso Murphy.

D. Ricardo Murphy y Meade nació en Santa Cruz de Tenerife el dia 13 de Marzo de 1814, y desde sus primeros años dió pruebas nada equívocas de su talento y aplicacion á los buenos estudios. Muy mozo todavia poseia el francés, el inglés, el italiano, y comenzaba á calar los secretos del idioma sublime de Virgilio. Nuestros mas célebres poetas, los Garcilagos, los Herreras, los Riojas, y demas flores literarias del jardin hispano en los siglos 16 y 17, constituian sus lecturas favoritas, á la par que se solaceaba leyendo y releyendo las delicadas tragedias de Racine, las varoniles creaciones de Corneille, y los patéticos dramas de Voltaire.

Cursó Humanidades en 1829 en la Universidad de la Ciudad de la Laguna, y este amenísimo estudio contribuyó mas y mas á refirmarle en la idea de que su vocacion era enteramente poética: pero mandadas cerrar las Universidades del Reino por un acto maquiavélico del Gobierno de entonces, hallóse el jóven Murphy en la imposibilidad de continuar la carrera que habia emprendido, y retiróse á su hogar.

Vino el año de 1834, y el aura de los libres como que principió de nuevo á respirarse en la desolada España. Tornáronse á abrir los establecimientos literarios; y el árbol santo de Minerva, desflaquecido ya y casi marchito, cobró aliento y vida, sacudió su sobresalida copa, y resfloreció. Críticas circunstancias estorbaron, empero, á nuestro poeta el que se entregase otra vez á los estudios universitarios. Empleado provisionalmente en el Gobierno civil de la provincia, acertó á captarse la estimacion y hasta el cariño de sus gefes, quienes en distintas ocasiones le propusieron á la superioridad para que definitivamente fuese colocado, aunque siempre sin fruto. Murphy observó que á la continua se le postergaba, y salteado de tan encontrados embates, su espíritu padecia horriblemente. Resolvióse por último á abandonar sus lares, que no debia volver á ver jamas, y se embarcó en 1838 para Lóndres, donde le aguardaba la enfermedad espantosa que iba á arrebatarse del mundo en la primavera de su vida.

Como la existencia del jóven que nos ocupa naturalmente se divide, bajo el aspecto literario, en dos porciones, á saber, la del tiempo antes de su partida de Santa Cruz, y la del que medió desde su embarque hasta su muerte, haremos aquí un descanso, que dedicaremos á presentar á nuestros lectores algunos trozos de sus poesias de la primera época, para que juzguen de su mérito, y los comparen luego con los que les ofrezcamos de la segunda.

En su composicion al *Alubion* de 1826 pinta así el furor del viento.

El viento embravecido
Con áspero silvido
Robles añosos de raiz arranca,
Y en su pujanza sin cesar derrumba
Rocas informes que del alta sierra
Bajan rodando con horrible estruendo,
Y todo el monte en derredor retumba.

¿Quien no comparte la melancolía del poeta al oír los siguientes, deliciosos suspiros de su musa de diez y nueve años?

» Campos de la Orotava! Albergue grato
 De eternal primavera, do natura
 Sus tesoros riendo repartia!
 ¿Do están vuestros jardines y florestas?
 ¿Do el rústico cantar de los pastores?
 Entre ayes doloridos
 Tristísimos clamores
 Responden resonando confundidos;
 Y donde antes los valles ostentaban
 Sus matices lozanos,
 Véase ora solo escombros y pantanos.
 ¡Cuánto cadáver insepulto yace!
 ¡Cuánta familia en la indigencia gime!
 Allí el anciano llora,
 Lloro la virgen pura,
 Sus ecos de dolor los aires hienden,
 Y el corazón encienden
 En lástima, en despecho, en amargura.»

Oídle cantar sus amores.

» Riente, cual la aurora,
 Se presentó á mi vista
 Benéfica deidad consoladora;
 En su mirar sereno y su semblante
 Brillaba interesante
 Candorosa dulzura,
 Cual símbolo de paz y de ventura
 Y á manera de sílfide volante
 Con donaire elegante
 Esbelta alijeraba la cintura.

Un estanque tú verás
 En la quinta,
 Con mil peces de colores,
 Que en sus claras aguas pinta
 Del jardín
 Las palmeras y las flores;
 Allí esparce sus olores
 Invisible en la maceta
 La violeta,
 Y el cantueso y el jazmin.»

Su canción **El Voluntario** parece entonada sobre la lira de Tirteo:

«Los libres, los leales,

Los hijos de la Iberia,
 No sufren, no, tiranos;
 La sangre de Pelayo arde en sus venas!
 Ved la heroica Bilbao,
 Esa Ciudad escelsa,
 Cual se ostentó invencible
 Contra las artes todas de la guerra.
 ¿Y qué fuertes, qué maros
 Formaron su defensa?
 Los pechos generosos
 Donde el honor y la virtud se albergan.
 No hay lauros, no hay coronas
 Para una accion tan bella:
 Cual homenaje puro
 De admiracion, de gratitud en prueba,
 Recibid ¡ó valientes!
 Las lágrimas sinceras
 Que al oir vuestros hechos
 Vierten mis ojos, mis mejillas quemán!
 ¡Y qué! ¿los que en Canarias
 Vimos la luz primera,
 No contarémos triunfos
 Que en algo igualen su inmortal proeza?
 Vosotros ¡ó guerreros!
 Que en la naval contienda
 Domásteis valerosos
 Del adalid britano la soberbia;
 Decid cual fué el castigo,
 El desdoro y la mengua
 Del hombre de los mares
 Que en Trafalgar y en Abukir venciera!

¡Que valiente, perfecta y noble poesia! A esta misma época pertenece su ensayo cómico *El poeta á pesar de su padre*, su novelita *Cecilia y Arturo*, y sus *Memorias de un entusiasta*. Llegó Murphy á Lóndres el 23 de Mayo de 1838; y depouiendo la lira, dulce compañera hasta entonces de sus amarguras, entregóse á las tareas mercantiles, que habian de acabar por romper sus delicadísimas fibras. Cadena de sufrimientos interiores incalculables, hé aqui la historia de su mansion en la soberbia Lóndres. Gracias si de vez en cuando le es dable robar á la premia del fatigoso escritorio algunos instantes nocturnos en que entretenerse y saborearse leyendo, al amor de

la lumbre hospitalaria, las obras inmortales de Shakspeare, Byron ó Walter Scott, sus tres autores ingleses favoritos.

El primero de Agosto de 1839 empezó á sentirse afectado del catarro pulmonar que le condujo en breve al sepulcro; y como advirtiesen sus principales los progresos de tan cruel dolencia, enviáronle en Setiembre á sus establecimientos de Cartagena de Indias. Este viage le volvió á las musas; y segun veremos despues, debemos á su travesía de Europa á América sus mas originales y hermosos versos.

Permaneció algun tiempo en Cartajena, de donde se trasladó á la Habana, y de allí, como solo y último recurso, le embarcó su escelente y tambien malogrado hermano gemelo, residente á la sazón en aquella Ciudad, para Santa Cruz de Tenerife.... Ya era tarde! A los cuarenta y seis dias de navegacion, el 24 de Octubre de 1840, espiró..... Contaba apenas 26 años de edad!

Internado en la magnífica Lóndres, su frente ardorosa de poeta se levantó para contemplar á *S. Pablo*, y las cuerdas de su lira vibraron con las siguientes armonias:

» Aquel es San Pablo; la iglesia famosa
Que lleno de orgullo señala el inglés,
Si mas que ninguna solemne y hermosa
La suya el romano llamara tal vez.

Llegando al recinto do se alza imponente
Cercado de tumbas el santo edificio,
En número inmenso cruzaba la gente,
Y espléndidos coches con pompa y bullicio.

Luciendo sus blondas y galas y encages,
Hermosas mugeres pasaban veloces,
Y muchos magnates con cien y cien pages
Pendientes do quiera del amo á las voces.,,

Las tiernas y *palpitantes* poesias del tiempo de su fatal enfermedad se recomiendan por diferentes ricas dotes; pero en particular, porque retratan á lo vivo el estado de un corazon agoviado bajo el peso de males físicos incalculables. Entre ellas merecen especial mencion su *Despedida de Inglaterra*, vaga, misteriosa, inspirada, toda individualismo, toda sentimiento, triste como su destino, grande como Lóndres!

«Britania! Nacion grande!
Poderosa entre todas y opulenta!
Ya es fuerza despedirme; ya tus costas
Van desapareciendo...
Adios, Londres inmensa.»

Sus versos *Al mar*, hechos realmente en medio del terrible elemento, en medio del cru jir de los cables y del ruido de las olas, tan nutridos de memorias dulces, de religion, de resignacion.

«Solo escucho los silvos del viento,
De los mares el sordo bramar,
Los maderos con roncós gemidos
Respondiendo á los golpes del mar.
Que un deseo perenne, insaciable,
De virtud é ideal perfeccion,
Elevándome al cielo me lleva
A buscar otro mundo mejor.»

Su *Fantasia* donde despliega todo su amor patrio, y hace ver la necesidad que sentia de respirar la atmósfera embalsamada de las Canarias; donde nos traza diversos cuadros de su niñez, ilusiones desvanecidas, esperanzas cortadas en flor.

«Eran estos los mares azulados
Do están aquellas rocas tan queridas,
Do el Teide, que en Tinerfe se levanta,
Domina, cual su rey, las siete Islas!
Lograra yo á lo menos avistarte,
Monte de mil recuerdos!.. »

Un sueño se pasea por la imaginacion delirante del poeta; tres sombras se acercan hácia el; son tres ninfas.

«Quién, quienes seís?—con grito de sorpresa
Pude al fin esclamar—¿Quién os envia
De la mansion celeste?—Y al instante
Una voz de apacible melodía
Pronunció estas palabras.—Tus hermanas,
Tus tres hermanas, que inocentes niñas
Al sepulcro bajaron, cuando apenas
La aurora comenzaba de sus dias;
Guillerma, Juana, Emilia... estos los seres
Que con asombro en tu presencia miras.
Desde nuestra mansion hemos cido
Las voces tuyas, y las ansias vivas

Con que otro estado y un mejor destino
 Mas allá del sepulcro apetecias;
 Y ese mundo mejor, ese otro estado
 Que el sentimiento y la razón te pintan,
 No es ilusorio, no; que eterno existe,
 Y reales y eternas son sus dichas.
 Guillerma.) Concibes los placeres inefables
 Que en su interior gozara largos días
 El hombre que á otro hombre libertara
 De algún peligro, ó de la muerte impia?
 Pues nada es este gozo comparado
 Con los que allá en los Cielos sentirías.
 Emil.) ¿Comprendes las venturas indecibles
 Que sintiera en su alma conmovida
 El hombre que á su patria retornara
 Y á sus caros amigos y familia,
 Despues de cruda, dilatada ausencia,
 Y soledad y penas y fatigas?
 Pues mayor la ventura que en la eterna
 Mansion en dulce calma gozarías.
 Juana.) Recuerdas las delicias que probaras
 Cuando, al pulsar las cuerdas de la lira,
 La inspiracion sentiste, en tus oidos
 Resonando dulcísima armonia?
 Pues mil veces mas gratas sensaciones
 Gozarás en el mundo de la dicha.
 Las 3.) Gozarás allá arriba.... y ya nosotras,
 De nuestro amado padre en compañía,
 Ansiosas te esperamos en el mundo
 De placeres, venturas y delicias»...
 —Asi diciendo, en el cerúleo espacio
 Raudas desaparecieron las tres ninfas....

¿No dijèrais un coro de ánjeles cantando bajo la bóveda ce-
 lestial? Bastan los versos citados para que nuestros lectores
 hayan podido comprender cuanto ha perdido la patria de los
 Vieras, Iriartes y Saviñones, con la temprana muerte del jó-
 ven cuya fisonomía he mos procurado transflorar. Ni se crea
 por estos elojios que es nuestro objeto el presentar como mo-
 delos esas composiciones, puesto que las circunstancias mis-
 mas en que brotaron del alma de su autor debieron natural-
 mente despojarlas de aquel pulimiento, de aquel barniz que
 constituye las obras perfectas del arte. Sus bellezas, sin em-

bargo, son en nuestro sentir, de tal monta, que aseguran á nuestro malogrado compatriota un puesto glorioso en el Parnaso, junto á los ilustres vates que han inmortalizado á las Afortunadas en el gran libro literario de las Naciones.

Esceleute hijo, amigo fiel, amantísimo hermano, patriota de corazon, todos los que le conocieron le estimaron; no tuvo un enemigo siquiera. ¡Cosa harto rara siempre, pero mas que nunca en el presente siglo, en que el egoismo reina como absoluto monarca sobre las almas de los mortales!

J. P. SANSON.



¿No dijérais un coro de ángeles cantando bajo la bóveda celestial? Bastan los versos citados para que nuestros lectores hayan podido comprender cuanto se ha perdido en patria de los Vieiras, Iriches y Savinones, -con la temprana muerte del joven cuya fisiognomía he meo procurado trasladar. Ni se crea por estos elogios que es nuestro objeto el presentar como modelos esas composiciones, puesto que las circunstancias mismas en que brotaron del alma de su autor, debieron naturalmente despojarlas de aquel perfume de aquel patria que constituye las obras perfectas del arte. Sus bellezas, sin em-



POESIAS

PRIMERA PARTE

1832.—1838.

ANACREONTICA.

Cantar quise en un tiempo
Las lides y sus iras;
Mas luego Amor me dijo
Mostrándome à Belisa:
«En vano à la alta cumbre
Del Pindo te encaminas,
Si al punto no desistes
De idea tan altiva.
¿No ves bajo tus plantas
Cual brotan mil espinas
Si celebrar intentas
Las bèlicas fatigas?
Desecha pues la trompa
Los Héctores y Atridas,
Del hèroe de la Francia
Las rápidas conquistas,
Y en mas dulces canciones
Celebra à tu Belisa.»

Asi me dice, y templa
 El mismo Dios mi lira,
 Y ya al pulsar sus cuerdas
 Amor solo respira.

IDILIO.

Yo quise en un tiempo
 A un pastor gentil,
 Que me idolatraba
 Y hacia feliz;
 Entonces alegre,
 Como el mismo Abril,
 Solia cien veces
 Y mas repetir:
 Amando tan solo
 Se puede vivir;
 Mas luego que ingrato
 Dejóme, infeliz,
 Aislada en el mundo
 Sufriendo sin fin,
 Ya mas no he podido
 Cantar ni reir,
 Si sólo agitada
 Con llanto decir
 Quien no ama de veras
 No sabe aun sufrir.
 Mi rostro mas bello
 Que el de un serafin,
 Ya lánguido y triste,
 Perdido el carmin,
 Parece cual rosa
 Ya pronta á morir;
 Ayer de mañana
 Yo misma me ví
 Con susto en la fuente
 Que está en el jardin.
 Las otras pastoras
 Al mirarme así,
 Se paran fijando
 Sus ojos en mí,
 Muy mas la zagala
 Que ví sonreir

Un día de Mayo
 Allá en el pensil,
 Cuando aquel perjuro
 Con aire gentil,
 Mis trenzas ornaba,
 De viola y jazmin,
 Mi madre afljida
 Intenta inquirir
 La causa funesta
 de mi frenesí;
 Y yo no pudiendo
 Mi mal encubrir,
 Turbada respondo
 Diciéndole así:
 Dejad, madre mia,
 Dejadme sentir;
 Mi bien adorado
 Por siempre perdí;
 Y ya solo anhele
 Llorando morir.

LOOR A MI AMADA.

Del templo de Flora ya sale brillante
 Mi cándida amante cual iris de paz,
 Allá en los jardines pintaron las flores
 Con gratos colores su nítida faz.

Al pecho blancura prestó la azucena
 Su frente serena matiza el jazmin,
 De rosa y claveles purísimo brilla
 En boca y mejilla celeste carmin.

A tanta hermosura trinando süaves
 Levantan las aves el canto en su honor,
 De nubes formando levisimo velo
 Se esconde en el cielo la madre de amor.

Venid, cesfirillos, volad á mi Elmira
 El aura que aspira de aromas llenad;
 En tanto que el Eter cruzando Cupido
 Contempla rendido su gloria y beldad.



DETRIDA.

Venid á mi llanto,
Amores, venid;
Mi adios postrimero
Dignaos oir.

El harpa divina
Donde antes feliz
Venturas cantaba
Con plectro sutil,
Ya lúgubre suena
Con triste gemir;
Y yo solo puedo
Llorando decir:
Hoy lèjos de Silvia
Me ausento á morir.

Vosotras, ó Ninfas,
Que hollais por Abril
Del Teide las faldas
Con planta gentil,
Si acaso la viereis
Al campo salir,

Tejedle coronas
De lirio y jazmin.
Tambien yo solia
En tiempo feliz
Su cándida frente
De mirto ceñir,
Y hoy misero, parto
Ausente á morir.

Si en noche de Agosto
Allà en su jardin
La oyereis por dicha
Contenta reir,
No la digais, ninfas,
Que vivo infeliz;
Mas si por ventura
Medrosa al oir
Del mar en la orilla
Las olas rugir,
Triste suspirando
Se acuerda de mí,
Decidle que ausente
No puedo vivir.

HIMNO EPITALAMICO

Desciende de Olimpo divina Citeres
 Y escucha los ruegos que te hace el amor,
 Desciende guiada de blancas palomas
 Las gracias siguiendo tu carro veloz.

De mirto y de rosas las frentes ceñidas
 Dos fieles amantes levantan su voz,
 Cantando las ninfas los llevan al templo
 Y adoran tus aras con sacro fervor.

Acoge, alma Vénus, sus votos humildes
 Preside amorosa tan plácida union,
 Tendió ya Himeneo sus alas divinas
 Y ya allá en los cielos su antorcha brilló,

La tímida esposa sonrie inocente
 Su cándido seno palpita de amor
 El céfiro riza sus rubios cabellos
 Su tierna mejilla colora el pudor.

Ay, Laura, no encubras tu frente argentada
 Mas pura y brillante que en Mayo la flor.
 Descoge ya el velo que oculta tus ojos
 Impío eclipsando su vivo esplendor.

Las vírgenes bellas ya aprestan coronas
 Clamando *Himeneo*, te rinden honor
 Y mil cupidillos en torno girando
 Los nombres repiten de Laura y Damon.

Dichosos amantes gozad las delicias,
 Los dulces placeres que os brinda el amor
 En tanto que en fuego mi alma encendida
 Ya sufre sus iras, su eterno rencor.

AL ALUVION DE 1826.

Dichosas las Canarias largo tiempo
 Gozado habian en perpetua calma
 De un clima salutífero; su suelo
 Con el manto de Flora siempre ornado
 Feraz, recompensaba los afanes
 Del labrador feliz, cuando el Invierno
 Mirando con rencor del Norte helado
 Nuestras campiñas y dorado cielo
 Libres aun de su dominio infausto,

Se apresta á cruel venganza,
 Y de nieblas cercado se abalanza
 Cual rápido torrente,
 Hacia la parte donde el sacro Teide
 Altivo eleva su nevada frente.

Ya el sordo ruido de lejano trueno
 Anuncia su llegada, el cielo todo
 Se cubre al punto de ominoso luto,
 Y el mar se agita en su profundo seno.

Ay Dios! cuántos desastres, qué de horrores
 Amenazan la patria! ¡Cuánto, cuánto
 De crudo estrago y de dolor y llanto!

Rotas las nubes con atroz violencia
 Lanzan raudales de sonante lluvia;
 El viento embravecido
 Con áspero silbido
 Robles añosos de raíz arranca,
 Y en duro embate sin cesar derrumba
 Rocas informes que del alta sierra
 Baján rodando con medroso estruendo
 Y todo el monte en derredor retumba.

¿Mas quien la imagen de la aciaga noche
 Bastara á describir? El Ponto ruge,
 Y aquilon de continuo rebramando
 El pavor en los ánimos aumenta;
 Las aguas en su rápida corriente
 Envuelven impetuosas
 El monte, el llano, la cabaña, el puente,
 Arrebatan el fuerte,
 Y de frios cadáveres cubiertas,
 Llevan al mar la destruccion, la muerte.

Trémula en tanto la pastora hermosa
 Busca un asilo en el regazo amante
 De su esposo querido;
 Abrázale amorosa,
 Y acongojada dice:

Muera en tus brazos y seré felice.

Bajo el techo pajizo, tierna madre,
 De sus amados hijos rodeada,
 Acalla sus lamentos
 Con afan doloroso,
 Y al querer estrechar entre sus brazos
 Al pequeñuelo infante
 Que el pecho maternal busca anhelante,

Las aguas como uu rio caudaloso
Inundan todo, y sin piedad la arrancan
El dulce fruto de su amor: muriendo,
Madre! grita el infante en voz doliente,
Hijo mio! responde sollozando,
Hijo mio! repite, y para siempre
Calló. Las turbias aguas
La arrastran, arrollando
Cuanto se opone à su fatal carrera.

En medio de los mares procelosos
La fràgil navecilla
En vano intenta resistir la furia
De las hinchadas olas, que deshechas
Entran bramando por la rota quilla;
Pàlido el marinero, en ronco acento
Implora auxilio, y en su afan ancioso
Los brazos tiende à la cercana orilla;
Un monte de agua que se eleva entónces
Con ímpetu cayendo
Vuelca la nave en verdinegros tumbos
Y desaparece en la bullente espuma.

En noche tan funesta y tenebrosa
La oscuridad rompiendo ardientes llamas,
Del Teide en la alta cumbre
Fugaces relucieron
La esfera en derredor bañando en lumbre,
Y es comun voz que al retemblar la tierra
Mudando de lugar los edificios,
Por las furiosas aguas son llevados;
Mas por contrarios vientos impelidos
Desplómense y sus tristes moradores
Gimen entre sus ruinas sepultados.

Ya en el oriente nebuloso y frio
Aparece la aurora....
Un mar inmenso nos circunda! Oh noche
Vuelve y encubre con tu negro manto
El terror, el espanto
Que se acrecientan al nacer el dia.

Campos de la Orotava! albergue grato
De eternal primavera, do Natura
Sus tesoros riendo repartía,
¿Dó están vuestros jardines y florestas?
Dó el rústico cantar de los pastores?
Entre ayes doloridos

Tristísimos clamores
 Responden resonando confundidos.
 Y donde antes los valles ostentaban
 Sus matices lozanos
 Vense ora solo escombros y pantanos.
 ¡Cuánto cadáver insepulto yae!
 ¡Cuánta familia en la indigencia gime!
 Allí el anciano llora,
 Lloro la amante pura,
 Sus ecos de dolor los ayres hienden,
 Y el corazon encienden
 En lástima, en despecho, en amargura.
 «!O Dios clemente! desolada esclama
 La mísera viüda, ¿aun no te mueven
 Los sepulcros abiertos, los lamentos
 De niños inocentes,
 Los hórridos tormentos
 De esposas palpitando moribundas?
 Piedad, ó Dios, piedad, eternamente
 Grabado en nuestra mente
 El ejemplo estará de tu venganza»
 Oye el Eterno su plegaria, al punto
 De gloria inmensa y de esplendor bañado
 El Sol parece, las oscuras nubes
 Disípanse veloces,
 El mar enfrena sus rugientes olas,
 Huye el Invierno al aterido polo,
 Y el íris de bonanza
 Mostrando sus espléndidos colores
 Enciende en nuestros pechos la esperanza,
 Ya de entonces los céfiros alegres
 Volando tornan á esparcir olores,
 Y en nuestros campos de verdor ceñidos
 Corren Abriles derramando flores.

A ELMIRA.

Escucha, Elmira, mi triste acento,
 Cese un instante tu ímpio rigor,
 Y si es que sientes cuanto yo siento
 No ingrata culpes mi tierno amor.
 Negros presagios me horrorizaban
 Cuando latia mi corazon,

Y tus miradas pàbulo daban
A mi naciente dulce pasion.

Cuando en silencio, querida **Elmira**
Constancia eterna te juré yo,
Ronco gemido sonó en mi lira
Y el llanto acerbo mi voz ahogó.

Hoy á tus plantas vuelvo á ofrecerte
Mil juramentos de amor y fé
Y aunque se oponga bárbara suerte
Nunca à mi amada yo olvidaré.

Mas si desechas con tiranía
Mi acrisolada fidelidad
Serà à mi alma la luz del dia
Lóbrega noche y oscuridad.

Errante y solo daré mi suerte
Al alvedrío del vasto mar,
Y entre mis labios la cruda muerte
Tu nombre amado vendrà á apagar.

AMOR Y DESENGAÑO

Ven conmigo al campo ameno
Dulce prenda de mi vida,
Que al deleite ya convida
La estacion primaveral;
En el campo libremente
Puro el aire se respira,
No es como este, cara **Amira**
Aire infecto, sepulcral.

Las pasiones turbulentas,
Las políticas tormentas
Ya me infunden negro horror;
No sentencias de los sabios,
Si palabras de tus labios
Quiero oir, que son de amor.

Un estanque tu verás
En la quinta
Con mil peces de colores,
Que en sus claras aguas pinta

Del jardin
Las palmeras y las flores;
Allí esparce sus olores
Invisible en la maceta
La violeta
Y el cantueso y el jazmin.

Y tambien allí te ofrece
Grata sombra de emparrado
Un sencillo cenador;
Y tan bello que parece
Fuera un dia allí formado
Por la mano del amor.

Allí juntos ha de vernos
Per la tarde el sol poniente
Allí juntos, cuando aliente
Fresca el aura matinal.

Ven conmigo al campo ameno
Dulce prenda de mi vida,
Que al deleite nos convida
La estacion primaveral.

1836

Fué todo una ilusion!...ya se acabaron
Para siempre mis dichas, mis amores;
¡Ay marchitas están todas las flores
De mi edad juvenil!
Una vez y otra con pasiones vanas
Los hombres en el mundo se agitaron,
Su follage los árboles mudaron
Un abril y otro abril;...
Y yo en inerte calma contemplando
De la Natura entera la mudanza,
Sin que una sola estrella de esperanza,
Presida á mi vivir;
Que eclipsada por siempre la que fuera
En la region celeste astro radiante,
De las otras el brillo rutilante
Es pálido lucir.

De tanto y tanto meditar, cansada
Mi mente juvenil, hallar quisiera
Un objeto de amor que conmoviera

Tambien mi corazon;
Una vírgen divina que me amase
Bella cual la perdí, mas que sensible;
Enérgica como ella y susceptible
De una voraz pasion.

Eran sus ojos de color del cielo
Que celestial un alma revelaban,
Aquellos que la vian la adoraban
Cual superior deidad.

Yo la ví por mi mal.. ¡ay, cuan hermosa!
En mi delirio ardiente yo creia
Que fuese aparicion de fantasía,
Quimérica beldad.

¡Ojalá que así fuese! mas dichoso
En mi ilusion, con ella yo viviera,
Sin que ningun mortal tocar pudiera
Ni aun su velo aerial.

Yo la mirara entre inmortales coros
De divinos querubes bendecida,
Y de radiante lumbre circuida
Su frente virginal.

Ni por algun magnate envilecido
Comprada á precio de oro su hermosura
Yo viera, ni manchada su tez pura
Por labio corruptor.

¡Impia, horrible imágen! de mi mente
Huye veloz!... ó en tu beldad primera
Devuélveme, muger, una siquiera
Dulce ilusion de amor.

1838

LLANTO DE ELMIRA,

CANCION.

¡Infeliz de quien suspira
Sin hallar premio de amor;
Pasa el tiempo, huye la vida
En penas, llanto y dolor!

Bellas hijas de Tinerfe,
Las que aun no habeis amado,
Huid veloces del vendado,
Que aunque niño, es un traidor.

Y vosotros amadores,
Oid mi acento dolorido,
Si jamas habeis sufrido
Cual yo, triste, su rigo.
¡Infeliz de quien suspira &.

Inocente yo vivia
Sin pesares ni dolores,
Y aun exenta de temores
Disfrutaba dulce paz:
Mas fué un sueño mi ventura,
Voló ¡oh cielos! el contento,
Y brilló solo un momento
Cual relampago fugaz.
¡Infeliz de quien suspira &.

¡Oh recuerdo de amargura!
Dia infausto, aciago instante!
En que pude á un inconstante
Entregar mi corazon:
Desde entonces solo llanto,
Solo angustia y desconsuelo,
Solo templa mi desvelo
Esta lúgubre cancion.
Infeliz de quien suspiras &.

Si el ingrato en este instante
Presenciara mis martirios
Mis tormentos y delirios
Sentiria algun dolor..
Pero que digo, infelice!
El se aparta de mi lado,
Insensible y despiadado
Ni aun atiende á mi clamor.
Infeliz de quien suspira &.

LA VIVANDERA.

¡A cuarto la copa
De leche de anís!
¡A cuarto el cuartillo
De buen chacolí!
El tinto de Falces
Que está en el barril,
A siete!... no bajo
Ni un maravedí.
Venid á mi tienda
Muchachos, venid;
Lo barato y bueno
Lo hallareis aquí.
¡Y que hermosas truchas!
Miradlas bullir
En la blanca barina
Que no es de maíz;
Ya en el fuego saltan,
No hay mas que pedir,
Tres doy por un cuarto
Que yo no soy ruin.
Y aquí que no hay guardas
Como allá en Madrid,
Tabaco os ofrezco
De Habana y Brasil.
Comiendo y trincando
En torno de mí,
Jurad cual valientes
Vencer, ó morir.
Que llore derrotas
La hueste servil,
Que en luto y oprobio
Nos quiere sumir.
Tambien vuestras glorias,
Aunque hembra nací,
Cual vuestras fatigas
Merezco partir.
Yo que al claro Deva
Bizarra os seguí,
Desde el margen bello
Del Guadalquivir,
Yo que con vosotros

Canté veces mil:

«Soldados, la patria
Nos llama á la lid;»

Y con este mio,
Que llamais gentil,
Ya serena el rostro
De la muerte ví;

Y el pecho que amante
Aprendió á latir,
Tal vez sin espanto
Dispara un fusil.

Mas si entre vosotros
Por mirarme aquí
Solita y no fea

Y en mi verde abril,

Alguno ha soñado

Rendirme feliz

Y hacer de mis gracias

Villano botín,

Mejor que Lucrecia,

Con alma viril,

Sabré defenderme

Del torpe adalid.

Halagos de pico

Cuantos quieran, sí;

Al largo de manos

Le tiro el badil;

Pues con alma y vida

Soy del Cabo Ruiz,

Y no me camela

Gente baladí.

¡Ea, que se acaba!

Muchachos, venid!

¡A cuarto la copa

De leche de anís!



A MELIA.

«Amar es mi destino,
Amar mi bien, mi dicha,
El cielo bondadoso
Para amar me dió un alma compasiva...»

MARTINEZ DE LA ROSA.

Ya siete abriles coronado habian
De pompa y de verdor los bellos campos
Y valles donde ostenta,
Ornados de jazmines,
La fértil Orotava sus jardines:
Ya siete veces del erguido Teide
La soberana cumbre
Hasta el olimpo alzada
De estéril nieve apareció argentada:
Cuando de amor el devorante fuego
Tal vez mal estinguido,
Con nueva furia en mi interior nacía
Y aun de dolor mi corazon gemia.
Mi condolido pecho
De tanto amor deshecho,
Si de Elmira las gracias recordaba,
Aun triste suspiraba
Y al escuchar su voz llena de encanto,
Faltábame el aliento,
Hablar queria y me anegaba el llanto.
«Supremo Dios del mundo,
En mi afliccion eterna yo clamaba.
¿Será verdad que mi angustiosa vida
Mi juventud florida,
Volarán agotados sin placeres?
¿Veré solo dolores
En la estacion feliz de los amores?
¿Nunca una tierna amiga
Vendrá piadosa á compartir las ansias
Y el crudo afan que en mi interior se abriga?
Dale, buen Dios, á un corazon sensible
En su anhelar terrible,
No del amor los goces turbulentos,
Que envuelven mil ormentos,
No quiero sus delicias;

Tan solo yo te pido
De una amiga dulcísima el afecto,
De una esposa adorada las caricias.

Escucha, ó Dios clemente,
Mis votos y mis ruegos;
Una amiga yo busco solamente
A quien mis males cuente;
Yo se los contaré y afable entónces
Enjugará mis lágrimas. Acaso
Al enjugarlas correrán las tuyas
Las tuyas correrán y enardecido,
De gozo inmenso y gratitud henchido,
Daréla en mi transporte
Ternísimo un abrazo,
Y el premio apetecido
Hallaré, ó Dios, en su feliz regazo!...

Así el cuchillo del dolor segaba
Las flores de mis años,
Y viendo que el amor todo es engaños,
Yo triste me quejaba,
Y mis quejas sentidas
Con flébiles sollozos confundidas,
A veces duplicaban
Pesares que mi alma lastimaban.

Entonces, oh ventura!
Entonces fué cuando un feliz portento
Trocó en deleite mi infernal tormento.
De gloria y magestad al par ceñida
Riente cual la aurora,
Se presentó á mi vista
Benéfica deidad consoladora;
En su mirar sereno, en su semblante
Brillaba interesante
Candorosa dulzura,
Cual símbolo de paz y de ventura;
Y á manera de sílfide volante,
Con donaire elegante
Esvelta aligeraba la cintura.

¡O Melia incomparable! ¡ó nombre amado!
Tu eres un ángel que benigno el cielo
Envia al mundo á derramar consuelo.
Mas grata y apacible
Fué á mis sentidos tu gentil presencia
Que el pálido reflejo imperceptible

De la modesta Diana,
Cuando asoma en oriente la mañana.

Llega por fin á mi clamor !O Melia!
Descienda de tus ojos
Un rayo de esperanza; de tu labio
Una voz cariñosa

Hará que olvide mis acerbos males
Y aun de Elmira implacable los enojos;
Descienda de tus ojos

Un rayo de esperanza: que á tu lado
Admire entusiasmado

Tu gracia y gentileza,
Tu talento sin par y tu belleza.

¡Feliz aquel que á tu divino canto
Del sentimiento la espresion inspira,
Y mas feliz si de tu amable boca
El dulce aliento palpitando aspira!

¿Será verdad, ó amor, será que impio
Aun tornes contra mí, y á tu alyedrió
A padecer yo vuelva?...

¡Piedad, ó Dios terrible!
Piedad, por está vez; ya largo tiempo
Tus iras hé sufrido y tus rigores,
Dame ahora gustar aquellos bienes
Y goces prometidos
A tiernos y constantes amadores.

Ven á mi voz, ó amiga! abandonemos
Los lugares funestos donde el hombre
Ultraja fementido

De la dulce amistad el sacro nombre.
El, insaciable en su voraz codicia,
De vanidad henchido,

Y en su orgullo frenético engreido,
Desconoce el placer y audaz siguiendo
La falsa senda que el error formàra,

En pos de un bien á su ansiedad negado
Amontona tesoros á millares,
Y á la ambicion proterva erige altares.

Huyamos, cara amiga, abandonemos
Tan necio delirar, y en dulce calma
De bienes mas seguros gozaremos.

Fronteriza á la linde do se esplayan
De la vecina mar las recias olas,
En medio á una llanura

Se encuentra una alameda
 De graciosa y sencilla arquitectura.
 En su centro sombrío y misterioso
 De mármol una fuente
 Airosa se levanta, y su corriente
 Que en límpidos arroyos se desliza,
 Murmura blandamente
 Y aquel recinto de verdor matiza.

Allí junto á la sombra
 Del álamo sonante que se mece
 De Favonio al aliento, en paz dichosa
 Los dos nos sentaremos; yo en tus hombros
 Reclinaré mi frente, tu amistosa
 Mi mano estrecharás y en blando sueño
 Mi pecho contristado
 Del mundanal tumulto fatigado,
 Tomará algún respiro...
 Pueda entonces feliz cerrar mis ojos
 Para siempre á la luz, y en dulces lazos
 Ciñèndote en mis brazos,
 Logre exhalar el postrimer suspiro!

A LA MUERTE

En una noche del ardiente estío,
 Cuando en silencio y apacible calma
 Yace Natura, mis inciertos pasos
 Dirijí triste á la vecina aldea,
 La paz buscando de mi pecho huída.
 Alzé mis ojos. La naciente luna
 Con pausa magestuosa ya inundaba
 En pàlidos fulgores la ancha esfera.
 Yo observando del orbe la gran mole
 Y todos los arcanos naturales
 Estasiado adoraba del Excelso
 La inefable bondad, cuando el susurro
 Del áura rebullendo en la arboleda
 De Neptuno la voz allá á lo léjos,

Mis miembros embargaron, y al instante
 Quedé sumido en un profundo sueño,

 En un bosque de fúnebres cipreces
 Honda cueva horrorosa de ímproviso
 Se ostenta ante mi vista: me adelanto
 Respetoso... al entrar pálidos huesos
 Mi vacilante planta allí detienen
 Con estrépito horrible... me horrorizo!...

Mas pronto vuelto del primer espanto
 Sigo mi marcha por senderos lúgubres
 Cercado de tinieblas pavorosas.

Buscaba ansioso la primera ruta
 Por do viniera, cuando allá diviso
 De opaca antorcha la espirante llama
 Me allegó reverente... mas, ó cielos!

La Muerte allí sobre cenizas frias
 Entre mil tumbas, su ominoso trono
 Eleva... Estremecido retrocedo...

En vano, ó Dios! en vano... con voz sorda
Detente y tiembla! grita, y retumbando
Tiembla! responden las profundas huesas.

Despavorido, respirando apenas
 Me postro: al punto por opuesto lado
 Veo acercarse dolorida turba

En confuso tropel; la horrenda Muerte
 En ella ceba su inclemente saña,
 Nada es bastante á refrenar su furia.

Allí la vírgen que en mejores dias
 Fuera un dechado de pureza, ahora
 Yace trocada en espantoso espectro.

Allí la esposa que feliz un tiempo
 Delicias respiraba, ya arrancada
 Se vé por siempre de su amante esposo.

Tú tambien, Hermosura. hija del cielo,
 Divina Hermosura que bañada
 De risas y de gracias, el florido

Sendero del placer antes hollabas
 Por todas partes derramando amores,
 ¡En lívida fantasma convertida!...

Aqui los héroes que siguieron firmes
 La estrecha via de la fama eterna,
 Con cuyos hechos y gloriosos nombres

Los ámbitos del orbe resonáran,
 Ven marchitar sus malogrados lauros

Junto á la linde del sepulcro frio.
 Del fiero Marte la tremenda prole,
 Tristes ancianos, juventud briosa,
 Van á abismarse allí... Pálidos huéspedes
 Del hórrido recinto del silencio,
 O Muerte, ó cruda Muerte! exclamé entonces
 ¿Será que el justo que en perpétua lucha,
 Contratando el furor de las pasiones,
 Intrépido arrolló los incentivos
 Del vicio destructor, hunda en la Nada
 Los dulces frutos de un vivir honrado?
 ¿Un mismo golpe en una misma tumba
 Sepultar puede al criminal odioso
 Y al que en su pecho la virtud abriga?

«Necio! responde con acento bronco
 La Reina de las sombras, no imagines
 Que yo al segar vuestra existencia amada
 Al justo niegue el galardón debido,
 Ni sus penas al crimen: Este albergue
 Sombrío y pavoroso es de la vida
 Principio solamente, y la honda huesa
 Umbral de Eternidad; su aspecto aterra
 Al crimen con razón, empero el justo
 Impávido lo mira, y al tocarlo,
 Su espíritu inmortal remonta el vuelo
 Hácia el Empíreo, donde ya le aguardan
 Coronas mil de gloria. Esta es la Muerte
 A cuyo nombre los malvados tiemblan.»

Aquí llegara de mí sueño, cuando
 Al estallido de huracán sañudo
 Que súbito bramó en la ancha selva
 Despierto tembloroso, y herizado
 El cabello de horror; la luna envuelta
 En rápidos celages tenebrosos
 Su luz amortiguada difundía...
 Y en reflexiones vagas sumergido
 Yo silencioso á la ciudad me vuelvo,
 Llevando siempre en mi agitada mente
 De Eternidad la sacrosanta imágen.

A MI AMIGO

D. JOSE P. SANSON.

*La indiferencia! . este enemigo mortal
de las artes nobles, esta carcoma del
pensamiento que desalienta al artista,
haciéndole dudar hasta del prestigio de
la poesía.*

(ARTISTA.)

Ah! nous ne sommes plus au temps ou le poete
Parlait au Ciel en pretre, á la terre en prophetel

VICTOR HUGO

¿Quién pretende apagar el entusiasmo
Que arde en mi corazón? Hirió mi oído
De romántica lira el grato acento,
Y ya no es dable que ocultar yo pueda
Lo que en el alma siento...
Cantar es fuerza, sí; cuando lo manda
Un númen superior, y yo obedezco
Al que mi pecho inspira. Cantar quiero;
Y si al rendir el homenaje puro
De alabanza y loor, que tan debido
Fué siempre al claro ingenio, sus encantos
Me presta la divina poesía,
De otro será la gloria, la honrra mia.
Tú, á quien dirijo mis humildes versos,
¡O Genio de mi patria!
No temas, no, que la ignorancia odiosa,
Al oír la alabanza del talento,
Con lástima fingida
Se presente á humillar mi noble intento.
Cesaron ya sus malhadados triunfos,
Y al ver los rayos de gloriosa lumbre
Que el trono de Isabel va difundiendo,
Ella de espanto llena
Huye á buscar la oscuridad, no la halla,
Y enfurecida se avergüenza y calla.

Ay! harto tiempo la infeliz Hesperia

En caos tenebroso sumergido,
 Lloró en silencio su penar infausto,
 Lloró al mirar su libertad perdida!
 Yo era inocente aun; no ví tu llanto
 ¡O Patria de mi amor!... mas, sabe el cielo
 Que cada vez que en tu historia via
 Los bárbaros dolores
 Con que tu hermoso seno desgarraron
 Tus pérfidos, infames opresores,
 De cólera encendido
 Ser hombre deseaba
 Y morir por mi patria codiciaba.

Oh qué contento el mio!
 Mil veces con dolor yo me decia,
 Qué placer sin igual si acá en el suelo
 De la hermosa Nivaria, un alto númen,
 Un mortal inspirado,
 Enérgica su voz alzando un dia,
 Benigna en mis oídos derramase
 Torrentes de divina poesía!
 ¿Y no podrá existir?... Tal vez oculto,
 El ser que yo imagino... O Dios! que idea!
 Que triste pensamiento!... quizá exista
 Oculto ese mortal... será infelice,
 El corazón me dice;
 Mas él abriga en su ardoroso pecho
 Mil nobles sentimientos
 De honor y de virtud; vé con despecho
 Entronizado el crimen
 Trunfantes los errores, y no osando
 El grito dar de la verdad que adora,
 Su afán reprime y en silencio llora.
 Llorá en silencio, sí; porque en el mundo
 Se cuentan los suspiros
 Que exhala el infeliz, y ay! del incauto
 Que al arrancar la vergonzosa venda
 Que fatal ignorancia le ciñera,
 Un rayo vió de luz, y que elevando
 De la adusta razón la voz severa,
 Aniquilar pretende
 Los ídolos falaces
 Que iluso el hombre en tu temor venera!
 ¿Que logrará, por fin? saldránle al paso

El rencor, la venganza, la calumnia,
 Sus tiros apretando ponzoñosos,
 Y á vindicar su agravio el negro vicio
 Irá entre tanta furia
 Labrándole á la par un precipicio.

¿Y es cierto tanto oprobio? ¿y nunca, nunca
 Osará desatar el genio augusto
 Las humillantes trabas que aun se oponen
 Su vuelo á detener?... nó... pues callemos.

Callemos sí; yo callaré. Si acaso
 Alabanzas pretenden los tiranos
 Léjos de mi se ausenten, y allá busquen
 Un pèrfido que humilde ante sus plantas
 Se postre anonadado; que lo eleven
 A la servil privanza, y á él les deban
 Vil homenaje de apestado incienso,
 La infame adulacion y la mentira;
 Antes que envilecerla,
 Yo en mil pedazos romperé mi lira.

¿Y aun no ha llegado á recrear mi oído
 La voz encantadora de una Musa,
 Nacida acá en mi patria,
 A la sombra del Teide tan querido?
 ¿Plugo al Omnipotente
 Mis votos desoir eternamente?

Tal fuera mi clamor, cuando sonando
 Tu cítara armoniosa de repente
 Yo escuché, ó Fabio, tu cantar, y al punto
 De orgullo y gozo henchido
 Alzé de nuevo mi abatida frente.

O triunfo! ó gloria!.. pero ¿á donde altiva
 Tu musa en raudó vuelo se ha elevado?
 ¿Acaso el genio inmenso
 De Newton inmortal prestarle pudo
 Sus alas vigorosas? Ya la miro
 Cruzar en su carrera el firmamento,
 Y allende los planetas rutilantes,
 Al Dios del Universo proclamando,
 Cantar su gloria con sublime acento;
 Ya descendiendo al cándido recinto
 Que el Dauro fertiliza,
 Entona mil románticos cantares,
 Celebra los placeres,
 El campo y los amores

Las penas y delicias
 De Ninfas, de zagalas y pastores.
 Entonces me figuro que remeda
 Tu acento pastoril en la dulzura
 En lo suave y blando
 Al céfiro en los álamos jugando
 Una noche de estío en la alameda.
 ¡Inspiraciones del amor! ¡Encantos
 De la primera edad!... ay! algún día
 También yo supe amar, y Dios bien sabe
 Que amé con toda el alma. pues sentía
 En lo mas hondo de mi triste pecho
 Bramando cual violentos aquilones
 El torrente fatal de las pasiones.
 ¡Qué tormentos entonces! Cuan escasas
 Las dichas fueron para mí! tú, al menos
 Abrazaste á tu amada, tu gozaste
 Sus plácidas caricias,
 De un inocente amor dulces primicias,
 ¡Qué no fueran eternas
 Las dulces ilusiones, las delicias
 De aquel amor primero tan dichoso!...
 Mas ay! ellos volaron,
 Volaron para siempre
 Los juegos, los encantos juveniles,
 Y vino la desgracia
 De tu edad marchitando los abriles.
 Alzas entonces el sonoro grito
 De la santa verdad; mas no do alcance
 De los malvados la sangrienta furia,
 Ni la ignorancia odiosa
 Con falsa risa tu penar insulte,
 Tu aliento ahogue con feroz rugido,
 Y al hondo precipicio te sepulte.
 Léjos del mundo, en soledad sumido,
 Junto á la losa de un sepulcro helado,
 Triste, desengañado,
 Tu pecho comprimido al fin respira;
 Y exento de las miseras pasiones
 Que del mundano el corazón desgarran,
 Lamentas sus delirios, sus miserias,
 Y el genio del dolor tiembla tu lira.
 Muerte! responde si pulsarla intentas,
 Muerte! repite tremebundo el éco,

Y desde el hondo hueco
De la ominosa tumba
Grito de muerte sin cesar retumba.
Asi tu mente en su variado giro
Ya hasta el Olimpo altiva se levanta,
Ya rápida descende
A la negra mansion donde la noche
Con vagas sombras al mortal espanta,
Y en tanto que las musas á porfia
Llenan de flores la escabrosa senda
Que al sacro templo del saber te guía,
Entre ellas mas benigna todavía
Melpómene doliente,
Lauros apresta para adornar tu frente.

LA MELANCOLIA.

!Qué tenaz tristeza oprime
Sin cesar el alma mia!
Y cuán en vano pretendo
Con obstinada porfia,
En medio al tropel del Mundo
Hallar la dicha perdida;
En vano, sí, que ese ruido
Y esa algazara continua,
Donde otros hombres encuentran
Felicidades cumplidas,
En vez de calmar sus penas
Al infeliz martirizan.
Así, si una vez mis labios
Movi6 ligera sonrisa,
Las lágrimas de mis ojos
Mis desventuras publican.
Ah! si ella al menos pudiera
Con su mano compasiva,
Estas lágrimas ardientes
Enjugar en mis mejillas!
Feliz siquiera un instante
Mi suerte bendeciria.
Pero no: solo otras prendas,
Los amigos de mi vida,

Procurando consolarme
 Sus consejos me prodigan.
 «Jóven, alguno me dice,
 ¿Porque así tu edad florida
 Has de pasar entregado
 A eterna melancolía?
 ¿Acaso no eres el mismo,
 Que en otro tiempo solia,
 Al nombre de honor y gloria
 Alzar la frente atrevida?
 No te conozco, ni eres
 Aquel que al oír un día
 Las perinclitas hazañas
 De nuestra patria querida,
 Con entusiasmo ferviente
 Los nombres nos repetia
 Del Cid y del gran Pelayo,
 Cortés, Gonzalo y Padilla.
 Es lástima: tu eres jóven
 Y aunque la suerte enemiga
 Se obstine en rendir tu esfuerzo,
 Y arrebatarte las dichas,
 Sus golpes con heroísmo
 Resistir firme debias,
 Y en vez de pesar y llanto
 Mostrar valor y energía»

Se engañan: Yo en otro tiempo
 También cual ellos creía
 Que la firmeza y constancia
 Las pesadumbres suavizan;
 Qué error!... jamas la violencia
 Ha calmado mi agonía,
 Y si acaso un solo instante
 El alma feliz respira,
 Al dolor luego se entrega
 Mas y mas desfallecida.

Otros dicen que el placer
 Se halla solo en las caricias
 De una amante, ó de una esposa,
 O de una amiga querida;
 Y me aconsejan que yo ame,
 Y me prometen delicias.
 Desgraciados! no conocen
 Mi último mal todavía

Y tal vez... O Dios!., algunos
 Insensibles me creían.
 Dejadme, caros amigos,
 Pues plugo á la suerte impía
 Que eternamente yo encubra
 La pasión que me domina,
 Dejadme con mi pesar
 Que así tan solo se alivia.
 Hay una imágen... Gran Dios!
 Una idea siempre fija,
 Que por do quiera me sigue
 Y ocupa mi fantasía.
 No es ilusion... Yo la miro...
 Afable, tierna, benigna,
 Es una diosa, es un ángel,
 Mas que un ángel, es Elmira!..
 Si, solo Elmira... no puedo
 Callarlo mas; noche y dia
 En ella pienso, por ella
 Mi existencia se aniquila.
 Mirar sus ojos, hablarla,
 Besar su mano divina,
 Y beber entre sus labios
 El aliento que respira,
 En esto solo mi gloria,
 Mi dicha y mi bien se cifrar.
 ¡Y es imposible!.. Pues bien,
 Si es fuerza que en esta vida
 Jamas de mi amor yo alcance
 Las anheladas primicias,
 Si es preciso que á la tumba
 Yo baje al fin, sin decirla
 Los sublimes sentimientos
 Que su virtudes me inspiran,
 No importa, en él resignado
 Me hundiré el último dia,
 Contento al verla gozando,
 Dichosa, alegre y querida



Á UNA MADRE.

Ese trémulo sonido
De campanas, á mi oído
Agudo como el clarín
¿Qué me anuncia? ¿Dejó el suelo
Por ventura y sube al cielo
Algún tierno serafín?

¿O es el alma de una virgen
La que asciende santa y pura;
O el espíritu de un niño
En quien puso su cariño
Una madre sin ventura?...

Silencio!.. que un rumor se va acercando,
Y pasos cual de infausta comitiva;
Semblantes miro tristes y palabras
Escucho que repiten ¡Pobre niña!

Un ataud diviso... de encarnado
Damasco guarnecido... cual dormida
En inocente cuna, allí una virgen
Inmóvil, bella, con dolor se mira;

Entre sus blancas manos va estrechando
Un ramo de clavel y siemprevivas,
Y de tristes adelfas y albas rosas
Su frente divinal lleva ceñida...

Recóndito pesar conmueve el alma
Al ver su dulce faz descolorida,
Y la sonrisa tierna, indefinible,
Que en su labio infantil melancoliza.

Nunca, nunca tan bella fuè la imàgen
De la inocencia càndida y sencilla,
Que en floridos Edenes colocaran
Jóvenes, orientales fantasias.

Nunca tan bella los semblantes castos
De vírgenes y arcàngeles que un dia
Pasaron por la mente poderosa
Del Creador del *Pasmo de Sicilia*.

Al templo llegan. La muchedumbre toda
Que por tal novedad fuera atraida,
Aléjase otra vez, y torna luego
A su primer contento y alegría;

Pero no yó; que un pensamiento amargo
Se apoderó tenaz del alma mía,
Y mas y mas profundo se arraigaba,
Cuanto mas por lanzarlo combatia.

Quizá vástago único sea
De una madre desdichada! .
Pobre Madre!... acaso ahora
Ella sin consuelo llora,
Al verse desamparada.
Ella que miró sus ojos
Que llamara de zafir,
Y sus labios de coral
Vió dulcísimos reir
Con sonrisa angelical.
Y amorosa la abrazaba,
Tiernos besos imprimiendo
En su mejilla argentina,
El carmin de su tez fina
Con sus labios destruyendo.
Halagüeño porvenir
A su mente se ofrecia,

Y soñaba en su ventura,
Que un dechado allí tendría
De virtud y de hermosura.

Y sus dichas y contentos,
Sus consuelos y sus glorias
Ya la tumba se tragó!..
Solo quedan los tormentos,
Las trisísimas memorias
De la prenda que murió!

Fuè su vida cual planeta
Que brilló en el firmamento
En noche de tempestad;
Sueño hermoso de poeta
Disípado en un momento
Por la amarga realidad.

¿Mas qué fuera de tí, oh Niña!
Si en este mundo quedaras?..
Muger naciste: vivieras
Siempre cual mísera esclava
A los agenos caprichos
Por la suerte condenada.
Las acciones generosas
Que sensible prodigaras,
Quizá con dolor las vieras
Con ingratitud pagadas,
O por locuras tenidas
Tus virtudes sacrosantas.
¿Que importa que de los hombres
Te vieras solicitada?..
Aquel que dichoso un día
Tu fé y cariño lograra,
Ingrato quizás te fuera
Dejándote, de sdichada,
En vez de su amor, desprecio;
En vez de tu honor, su infamia.
Obligárante también
Las sociedades tiranas
A reprimir uno á uno
Los movimientos del alma;
Y, jay de tí! si fué tu suerte
Pasar la vida casada

Con un hombre aborrecido,
Mientras que á otro adorabas!
Y si al contraste violento
De pasiones encontradas
Tu juicio y razon perdieras,
De ti el vulgo se mofara;
Y la espresion dolorosa
De tus convulsivas ánsias,
Mentira la llamaria
Al oirla relatada:
Porque hay almas en la tierra
De inmundo cieno formadas,
Que aquello que no comprenden
En su vileza, lo infaman.

Feliz, feliz mil veces, ó inocente
Que esta mansion ingrata abandonaste,
Otra mejor acaso ya encontraste
Guardada para tí,
Que si hay un paraiso, eterno amparo
Al sufrir de esta tierra, un Dios clemente
Destinado lo tiene al inocente,
Cuando sa'ga de aquí.

No llares á tu hija!... piensa, ó Madre!
Cuanto en dejar el mundo fué dichosa:
Alza la vista de esa yerta losa
Obra del hombre, objeto terrenal.
Dirigela á los cielos: por ventura
Logren tus ojos columbrar un rastro
De luz, cual el reflejo de algun astro
Que allí dejara el ángel al pasar.



UNA NOCHE DE MASCARAS

I

Tranquilo, solo y contento,
En un cuartito ó rincon
Leia yo la otra noche
Las sátiras de Boileau,
Cuando con grande algazara
Entrándose de rondon,
Una docena de amigos
El aposento inundó.

«Siempre encerradol dijeron

Todos ellos á una voz,
Ni un adusto cenobita
Vive con tanto rigor,

Vamos, amigo, es preciso

Salir, buscar diversion;

Estamos en Carnaval,

Y ya que me empeño yo,

Necesario es que esta noche

Salgas de máscara.» — Oh nó!

Yo de máscara? — Señores!

Por San Pascual el Bailon!

¡Si no tengo que ponerme;

Si no sè fingir la voz!

Si no acostumbro... — «No importa,

Nos vas á hacer un favor,

Y al intento aqui traemos

Una capa ó redingot,

Ytem mas una mantilla

Con enaguas de cordon;

Elige pues.» — Si es empeño,

La capa será mejor,

Que á las enaguas tendria

Que agregar un polison

Y otras cosillas que aumentan

Muchos grados el calor.

Aqui comienza un amigo

A vestirme muy veloz,

Y por final me encajaron

En la cabeza un morrion

Salimos pues á la calle,
Y violentando el pulmon,
Ya cada uno adúltera
El habla que Dios le dió.

Estaba la noche oscura,
El viento silvaba atroz ^{6/}
Y las nubes amagaban
Aguarnos la diversion,
Como, en efecto, así mismo
Poco despues sucedió;
Pues al llegar á la calle
Que conduce á la del Sol,
Donde en tiempo de la fruta
Dan todos su resbalon,
Y mientras hubo disputa
Sobre si será mejor
Ir á casa de D. Justo
Primero que á la de Don....
Un aguacero tremendo
Desatándose feroz,
Nos hizo correr á prisa
Y dar mas de un tropezon.
Y para mayor desgracia
Al saltar, mi pié veloz
Se hundió en una alcantarilla
Que á mi vista se ocultó;
Pues plugo á la suerte adversa
Que aquella noche de horror
Se apagasen los faroles
Que alumbran la poblacion.

Mohino asaz y maltrecho,
Maldiciendo en mi interior
La máscara, el carnaval,
La noche y la diversion,
Seguí adelante con todos;
Hasta que al fin quiso Dios
Que llegásemos á casa
De D. Anselmo Alcohol,
Donde aquella noche había
Una brillante funcion.
Pero mañana diré
Lo que allí me sucedió.

III.

Llegamos, pues, como dije
 Ayer en mi relacion,
 A casa de D. Anselmo
 Primera que se ofreció
 Al paso; y al ir entrando
 Por el umbral del salon
 Qué lujo! qué brillantez!
 Nuestra vista deslumbró!
 Y qué silencio!.. Mas tengo
 De hacer aquí, vive Dios!
 De lo que ví y lo que oí
 Una exacta relacion.

De extremo á extremo ocupando
 El salon en derredor,
 El bello sexo llamaba
 Ante todo la atencion.
 Señoras y Señoritas
 Y Señoronas... ¡pues no!
 Y asi por acaso entre ellas
 Algun pulido señor;
 Todos mezclados se vian
 En silenciosa reunion.
 Solo las viejas hablaban
 Con entusiasmo y fervor
 De las modas, de los trajes
 Del siglo que ya pasó,
 O de los truenos, del dengue,
 Y del barco de vapor.
 Alguna que otra alegando
 Que ella por suerte nació
 En algun villorrio antiguo
 De Granada ó de Leon,
 (Quizà la buena-ventura
 La pobrecilla cantó)
 Del idioma castellano
 Se atreve á darnos leccion,
 Y en frases extravagantes
 Desahogando su furor,
 Nos dá ejemplo de finura
 Y esmerada educacion.

Las jóvenes, al contrario,
 Mostrando adusto rigor,

Inmóviles, yertas, guardaban
El silencio mas feroz.
Tan solo una niña alegre
Algún tanto se inclinó,
Y á su adjunta compañera
Algo dijo, y se sonrió.
La gravedad, el silencio
Que general se tornó,
Las muchas luces, y en fin
El aromático olor,
Todo allí contribuía
A herir la imaginacion;
Y ya yo me figuraba
Con delicioso estupor,
Transportado en cuerpo y alma
A una celeste region:
Todo lo que me cercaba
Divino me pareció,
Y á las muchachas creía
En mi dichosa ilusion
Espíritus impalpables
De dulzura y de candor.
Mas de improviso á mi espalda
Sonando una ronca voz,
Que imitaba en el acento
El sonido de un fagot:
Que máscaras fastidiosas!...
Jesus! Jesus!—esclamó.
Vuelvo la vista creyendo
Encontrar una legion
De demonios del infierno,
O al menos un semidios,
Tal fué la fuerza estupenda
De aquel terrible pulmon,
Cuando miro... ¿qué creyeráis?...
Una carita de sol,
Una amable señorita
Linda como el mismo amor,
Que aunque dulce y cariñosa,
(Eso no disputo yó)
Aquella noche sin duda
Estaba de mal humor.
En esto otra voz gritando,
Mas no con tanta espresion;

En baile! en baile! señores!
 La mazourka, la galop,
 Que se hace tarde y no hay tiempo
 Para el valtz y el rigodon.
 Suena el piano: las muchachas
 Se acicalan con primor,
 Las unas los guantes largos,
 Las otras el cinturon,
 El peinado, las horquillas,
 Y el vacio ahuecador.
 Pero á mi que me persigue
 Por donde quiera que voy,
 Casi siempre por mi mal,
 La maldita observacion,
 Me hizo ver que alguna madre
 De treinta y cinco mayor
 Al mirar el baile, daba
 Saltitos en el sillón.

Sali de la sala que antes
 Juzgué region superior,
 Y donde ora galopaba
 Con estruendo el batallon;
 Y dirigiéndome adonde
 Casualidad me llevó
 Ya sin disfraz me encontré
 En medio de un tertulion
 De hombres que se disputaban
 Con entusiasmo y calor.

Cual suele en el horizonte
 Alzarse grandioso el sol,
 Las estrellas eclipsando
 Con su fulgente esplendor,
 Asi en medio del congreso,
 De que dejo hecha mencion,
 Brillaba don Saturnino
 Tiburcio Gil de la Hoz,
 Patriota ilustre, famoso
 En toda revolucion,
 Y de pandillas gritonas
 Siempre gefe y director.
 Los bigotes rétorcidos
 Cual nos pintan un sayon,
 Le ocultaban espantosos
 Todo el labio superior,

Y con acento infernal,
Que al concurso estremeció,
Principió á hablar, y à una legua
Hizo retumbar su voz.

Amigos y ciudadanos,
Del pueblo la nata y flor,
Patriotas de todas clases
Que amais la Constitucion:
Llegó por fin el momento,
Inesperado de vos,
En que otra vez necesito
Vuestro amparo y proteccion:
Se ha publicado un folleto,
Pastelero, impio, atroz,
Donde vilmente se infama
Nuestra alta reputacion.
¡Qué escándalo!—allí se dice
Que aquel patriótico ardor
Fué funesto, y que tan solo
El interés nos movió,
Y que todo fué desórden
Y todo pura ambicion.
¡Ciudadanos! yo no espero
De vuestro aliento y valor
Que asi dejeis consentida
Tan injuriosa asercion:
Obremos pues de consuno,
Y si apreciáis mi opinion,
Yo os propondré un plan de ataque
Contra el osado escritor.

De todos los agraviados,
Que aqui contemplando estoy
Salgan algunos pidiendo
Personal satisfaccion,
Otros llámense testigos
De los hechos que el autor
Ha referido, y publique
Que es falsa su relacion:
Y en fin el que no pudiere
Desmentir lo que leyó,
Dé al público un libelito,
Bastará solo un renglon,
Con tal que un poco denigre

La persona del autor;
 Es decir, si es que no quiere,
 Como acaso hiciera yo,
 Mostrar mas directamente
 Su generosa intencion:
 La libertad de la imprenta,
 Que está en todo su vigor,
 Nos ofrece de venganza
 Una buena proporcion.
 He dicho.» — Bien! aprobado!
 El concurso interrumpió,
 Y que viva cien mil años
 D. Tiburcio de la Hoz
 Por sus bellas cualidades
 Y su talento precoz!
 Todos entonces á una
 Ofrecen su decision
 — «Yo desmentirè el pasage
 Que en la torre aconteció.
 — Yo el de las balas compradas
 Y lo de la transaccion
 — Yo haré ver que no soy débil.
 — Yo el de elecciones.— Y yo
 Dijo uno, desmentiré
 Todita la relacion.
 — ¡Señores! añadió otro,
 Si ustedes me hacen favor,
 Pido la palabra: es cierto
 Que estando vigente hoy
 La libertad de la imprenta,
 Ya puede todo español
 Publicar sus pensamientos
 Sin trabas ni restriccion:
 Mas en esa misma ley
 Hay un artículo ó dos
 Por los cuales se castigan
 Con multas y con prision
 Las injurias que profiera
 Todo osado detractor;
 Me consiguiente, no es fácil,
 Como bien quisiera yo,
 Decir cuatro desvergüenzas
 Al atrevido escritor
 Sin riesgo de... — ¡Disparate!

El bigotudo exclamó,
 Escriba V. desvergüenzas
 Con soltura y decision,
 Y no hay temer se presente
 Ningun tonto delator,
 Denunciando sus escritos.
 Yo sé muy bien lo que son
 Estas cosas: cuando algun
 Despreocupado autor
 Rompiendo todos los lazos
 De eso que llaman pudor,
 Dice cuatro claridades
 Al que osado le insultó,
 Casi siempre queda impune.
 —Tiene V. mucha razon,
 Mucha, mucha, y al instante,
 Al momento mismo voy
 A poner de vuelta y media
 Al osado historiador
 Que es mi mortal enemigo.
 ¡Tal fuera aquel corazon!...
 Mas luego vertiendo mieles,
 Su labio inicuo, impostor,
 ¡Que viva la libertad!
 ¡Viva la Constitucion!...
 Dijo; y alegre el concurso
 Sus acentos repitió...
 De un pesar herida el alma
 Que mi pecho desgarró
 Al oir tan sacros nombres
 Profanados, con horror
 Me alejé de aquel recinto
 Para mí de maldicion,
 Y regresando á mi casa
 Donde la paz me dejó,
 Hice al entrar juramento,
 Con toda resolucion
 De no admitir por consejos
 Recetas de distraccion,
 Y de no sufrir tampoco,
 Solo por hacer favor,
 Tormentos de cuerpo y alma
 Cual la máscara me dió.
 Tambien juré evitaria

Oír nunca mas la voz
Que aun sonaba en mis oídos
De la niña serpentón.

LA HUÉRFANA.

I

La noche era oscura, de invierno, lluviosa,
La luna medrosa su luz escaseaba,
Yo solo guiaba mis plantas inciertas
Por calles desiertas.

Y di algunos pasos y junto á una grada
De piedra, apoyada y desfallecida
Y medio dormida, yo vi una figura
De triste hermosura:

Raido ropage la pobre vestia,
Empero quien via su rostro tan fino,
Su gesto divino, gracia candorosa,
Llamárala diosa.

Y me acerqué donde estaba,
Junto á ella me senté;
Y á la luz de los salones,
Que en su rostro reflejaba,
Contemplé
Sus delicadas facciones.

En su abatido semblante
Se pintaba tristemente
De la suerte la inclemencia,
Pero brillaba radiante
En su frente
La sublime inteligencia.

Y yo guardaba su sueño
Con embeleso de amor:
Mas sonó una carcajada
En la ventana elevada
Y despertó con pavor.

Entonces yo vi sus ojos
De color azul del cielo,

Y mi pecho palpitó;
Mas ella se estremeció
Y cubrióse con su velo.

II

No tiembles ó jóven, mi pecho sensible
Me arrastra, me impele hácia el infeliz;
Y en vano quisieras huir mi presencia,
En vano quisieras lanzarme de tí.

Dime ¿donde fueron tus padres crueles
Que asi abandonaron, dejando á morir
Tu pura inocencia, cual muere temprana
A impulso del austro la flor del pensil?

¡Y nada respondes!... ¡O hermosa! ¡y derraman
Lágrimas tus ojos!... de vivo carmin
Se cubre tu rostrol no mas, ángel bello,
Tu rubor y llanto ya hablaron por tí.

III

Era huérfana Maria,
Desamparada al nacer,
Y en sus numerosos males
Jamás llegó á conocer
Las caricias maternas.

Dotóla naturaleza
De alma grande: delicada
Su física contestara,
Ya se mostraba es:enuada
Por su vida de amargura.

Salir de noche solia
A conmover la piedad
De los hombres, y pedir
Una humilde caridad
Que no pudo conseguir!!

IV

Muchas señoras llegaban
De ricas sedas vestidas
Que hácia la casa de enfrente

Veloces se dirijian;
 Al pasar junto à nosotros
 Fijaba alguna la vista
 En la huérfana, admirando
 Tal vez su beldad divina.
 Ella, infeliz, preguntaba
 A cada fisonomía
 Si debajo de las sedas
 Un alma tierna hallaría;
 Pero oh! que pasan y pasan
 Muy alegres y festivas,
 Y ella al mirarlas pasar
 Lágrimas vierte y suspira.
 Crujiendo los ricos trages
 Y ostentando pedrerías
 Pronto llegó otra muger
 De jóvenes mil seguida,
 Y al dar de lleno en su rostro
 La luz que la precedía
 De los faroles, la jóven
 De pronto se precipita,
 Cae à sus plantas temblando
 Y se abraza à sus rodillas...
 ¡Aparta, infamel ¿Se ha visto
 Tal insolencia? Con ira
 Esclama aquella señora,
 Pugnando por desasirla,
 Y manda que de sí aparten
 A la jóven atrevida
 Que vino à manchar su trage
 Y à cubrirla de ignominia...
 Yo me arrojé al punto mismo
 A la inocente Maria,
 Y la arranqué à los furoros
 De aquella muger altiva:
 Ella siguió murmurando
 Con su jovial comitiva,
 Y yo estrechando en mis brazos
 A mi moribunda amiga,
 Regué con amargo llanto
 Su frente descolorida.

Escúchase un piano sonar de repente
 Y allá en los salones se agita la gente,

Y grupos en baile se alcanzan á ver.
Amable, graciosa, festiva, elegante,
Dicen que en la fiesta estuvo brillante
La altiva señora, la inicua muger.

MI AMOR.

Mas mis ojos te miraron,
Y mis manos te tocaron,
¡Y moristel!

(OCHOA)

I

Bendita, ó noche, ya llegas
A calmar mis desventuras,
Sombria, opaca, terrible,
Mas magestuosa que nunca.
Oscurísimos celages
La atmósfera toda cruzan:
Que eclipsando á cada instante
Los reflejos de la luna,
Mil fantásticos colosos
En las paredes dibujan
Del cercano cementerio
Y lo ennegrecen y enlutan,
Qué silencio!.. ni un acento
De voz humana se escucha.
Solo el ruido de las olas
Que allá en la costa retumban,
Ó los vientos arrecidos
Batiendo las rocas duras
Mas romántica y sublime
Hacen esta noche augusta.

Salve, o noche! tenebrosos
Cipreses, lóbregas tumbas!
Lugares todos de muerte
Que mis pesares adulan,
Solo á vosotros invoca
Y reverente saluda
Un corazon que ha probado
Del mundo las amarguras:

Que á vuestro influjo terrible
Se inflame mi mente adusta,
Yo os darè llanto que bañe
Vuestras funerales urnas.

II

La flor de mis dias, gentil, halagüena,
Mi aurora risueña, mis dulces placeres
¿Dó están? ¿Donde ha ido mi amada beldad?
¡Sepulcros, hablad!

La cándida vírgen de luto vestida
Que vi dolorida llorando en el templo,
La llamo, ay, en vano... «*Reposa en la tumba!*»
Un éco retumba.

Despues que ella ha muerto, ya seco y vacío
El corazon mio, sediento padece
Mil ansias mortales, y el mundo desierto
Es árido y yerto!..

Temprano una rosa nació en campo santo,
Nació con el llanto de tristes mortales,
Y al ir á tomarla cayó sin color..
Tal fuera mi amor!..

LA ERMITA.

“Que es sudario de infames el olvido
“¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

ZORRILLA.

I

Informe peñasco de aspecto sombrío
Al pié se levanta de yerto collado,
En torno está el suelo de zarza herizado,
Cercana una ermita se mira blanquear
En noches oscuras si acaso los vientos
Batiendo el peñasco, ofrecen al alma
Grandeza sublime que ahuyente la calma,
Yo allí reverente me acerco à pensar.
Oh! cuanto me place ver entre celages
La lupa menguante!.. oir los rugidos

Del mar en tormenta!... oir los quejidos
Del ave nocturna si empieza á cantar!
Yo junto al peñasco disfrute estos bienes
Ageno de horror,
Que allá está mi gloria, allí mi ventura,
Allí está mi amor.

Una muger misteriosa
De blanca túnica ornada,
Sobre la peña sentada
Una noche creí ver,
Y descender lentamente
Junto á la ermita pararse,
A su puerta arrodillarse
Y veloz desaparecer.

II

Salve, soledad querida!
Salve, ermita sacrosanta!
Vedme otra vez... mas, silencio!
Que alcanzo á ver la fantasma
¿Acaso será la sombra
De la muger que yo amaba,
Que vendrá á espiar aquí
Su horrendo crimen, su infamia?
No, no lo esperes, muger,
Vanas serán tus plegarias,
Vano tu arrepentimiento,
Vanas todas tus palabras.
Vete pues, y nunca vuelvas
A arrodillarte en las gradas
De esa ermita: ella no se abre
A las impuras mundanas,
Y ya pasaron los dias
En que inocente y sin mancha,
Llorar á tu muerta madre
Te vieron sus sacras aras,
Y en que yo por vez primera
Mirè tus traidoras gracias.
Pláceme en oscura noche
Entre rocas solitarias

Ver vagar confusas sombras
 Y misteriosas fantasmas,
 Porque engrandecen mi mente,
 Y llenan toda mi alma;
 Mas estas perderán luego
 Su encanto y sublime magia
 Si has de ser tú, sombra odiosa,
 La que ha de cruzar las auras:
 Huye pues infausta imàgen
 Que el corazon me desgarras.

III

En mis sueños de ventura,
 En mis dulces ilusiones
 De otra edad,

Yo adoré una virgen pura,
 Y colmè de bendiciones
 Su beldad,

Dentro esa ermita ruinosa,
 Junto al altar de Maria
 Reclinada

Yo la ví en aciago dia,
 Pàlida, triste, llorosa,
 Y enlutada.

Alzò el velo de repente
 Vi su frente
 Abatida del dolor,
 Y abrasado en el momento,
 Juramento
 Le ofrecí de eterno amor.

IV

Ella era niña aun y ya lloraba
 La infausta muerte de su tierna madre,
 Su padre la quedaba, que de entonces
 Huyendo los tristísimos lugares
 En que memorias de dolor hallaba

Que aumentaban crueles sus pesares
Abandonó la quinta en que vivía
No léjos de esa ermita, junto á un valle
Y arrancó de mi seno á mi querida
Que ya sensible me llamaba amante.

Avido de violentas emociones
Que sus recuerdos lúgubres borrasen,
El desgraciado padre corrió ansioso
Las cortes y opulentas capitales,
Entregándose audaz al gran torrente
De los vicios mas torpes y execrables.
Y aun es fama que en medio á los incendios
Y horrores que mancharon los anales
De la española libertad, lo vieron
Cual un genio infernal, bañado en sangre
Agitar las antorchas funerarias
Y acaudillar la turba delirante.
Celia desventurada! ella seguía
Por todo el mundo á su demente padre,
Y con asombro mudo presenciaba
Sus acciones atroces é inmorales.
Mas contagiada su pureza misma
Por el hálito infesto que hoy esparcen
Las corrompidas sociedades, débil,
Sucumbió su virtud!.. Celia fuè infame!

V

Miradla allí!.. otra vez toca
De a ermita en las aldabas,
Besar el suelo parece
Y quedarse arrodillada.
No!... No hay clemencia, aunque fueran
Tus culpas involuntarias,
Porque eres muger y llevas
Sobre tu frente una mancha,
Porque es el mayor delito
En una muger la infamia.





SEGUNDA PARTE.

De 1838 á 1840.

A UN CANARIO.

ABORDO DE LA FRAGATA *Rosabel*.

En medio del ronco ruido
De las olas irritadas,
Y el rebramar de los vientos
Que mi corazón espantan,
El trino de un pajarillo
Dulce á mi oído llegara,
Y trayéndeme un recuerdo
De mi idolatrada patria,
Su canto armonioso al punto,
Sonó en el fondo de mi alma.
Es una hermosaavecilla,
Cual yo mísero, arrancada
Del suelo donde naciera
Y á tierra estraña llevada.
Ya no verá el cielo puro
De las islas Fortunadas;
Ni las hermosas palmeras

Que ostenta la Gran Canaria,
Ni el árbol feliz do un día,
Saltando de rama en rama,
El nido halló do naciera
Remecido por las auras.
En cambio las frias nieblas
De Albion la triste, la aguardan,
Y en la estacion de las flores
Una atmósfera enlutada.
Alguna ninfa del Norte
De tu hermosura prendada
Quizá te rinda, avecilla,
Las caricias mas preciadas,
Tú posarás en su seno,
Junto á su cuello de nácar,
Y besarás atrevida
Sus labios y tez rosada.
Mas ah! que estos mismos bienes
Acrecerán tu desgracia,
Recordándote á Dorila
Y sus caricias mas blandas.
Dorila, ninfa que dejas
En tu querida Nivaria,
La de ojos negros y talle
Mas flexible que la palma,
Cuyo candor y pureza,
Y cuya sola mirada
Valen mas que la hermosura
Y las ostentosas galas
Que la opulenta Inglaterra
Con pompa me presentara.
Ave infelice!... mejor
Te estuviera que irritadas
Las on-das, en el abismo
A la nave sepultaran.
Las verjas de tu prision
Mirando al fin quebrantadas,
Tu libertad, hoy perdida,
Quizá entonces recobraras,
Y alegre el vuelo tendieras
A las costas de tu patria.
Si así fuese, ave querida,
Cuenta á Dorila mis ansias;
Diciéndole que mis labios

Intérpretes de mi alma,
En los momentos postreros
Dos palabras pronunciaban:
Adios, diciendo à Dorila,
Adios à mi dulce patria.

Mayo 1838.

AL POETA GRANADINO

JOSE JOAQUIN ORTIZ

SONETO.

*Cuando la fama teje sus laureles
Todo hombre de honor los ambiciona*

(Royo)

Al oir del poeta las canciones
Los hombres cual deidad le veneraron,
Divino, en su entusiasmo, le aclamaron,
Y de laurel le dieron galardones.

Víctimas de calumnias y pasiones
Tormentos muchos vates solo hallaron,
Y hasta la misma patria que ilustraron
Ingrata los sumiera entre prisiones;

Mas sus nombres tomó imparcial la Historia,
Y siendo de su patria honra y decoro,
Inmortal se hizo al orbe su memoria.

Y tú cantor de Sulma alto y sonoro
Que el lauro anhelas de la eterna gloria,
Ya lo alcanzaste con tu libro de oro.

ALA CATEDRAL DE SAN PABLO

En Londres.

I

Allá entre las nieblas que al Tamesis cubren,
El cielo envolviendo en oscuridad,

Soberbio edificio mis ojos descubren
Con torres insignes de gran magestad.

Su cúpula hermosa diviso á lo léjos
Que adorna luciente, dorada una cruz,
Y en ella tocando del sol los reflejos,
Imita de un astro la pálida luz.

Aquel es San Pablo la iglesia famosa
Que lleno de orgullo señala el Ingles,
Si mas que ninguna solemne y hermosa
La suya el Romano llamara tal vez.

Así yo diciendo, la vista aun tenia
Clavada en las torres y cruz sacrosanta,
Y andando entre tanto la senda seguía
Que á verlas de cerca guiara mi planta.

Llegando al recinto do se alza imponente
Cercado de tumbas el santo edificio,
En número inmenso cruzaba la gente,
Y espléndidos coches con pompa y bullicio.

Luciendo sus galas y blondas y encages
Hermosas mugeres pasaban veloces,
Y muchos magnates con cien y cien pages,
Pendientes do quiera del amo á las voces.

II

Y en medio á tanto pasan!
Que allí agitado cruzaba,
Ninguno la frente alzaba
Por contemplar un instante
La que tuviera delante
Magnífica catedral,
Que solo con ansia ardiente
Las miradas se fijaban
En las tiendas que encerraban
Los tesoros del oriente,
Y que al pueblo alucinaban
Al traves de algun cristal.

III

Tambien yo volví un momento
Al vidrio aleve mi vista,
Mas donde para mil otros
Hermosas flores lucian,

Y gasas, oro y perfumes,
Plugo á mi suerte enemiga
Que yo mirase la imàgen
Atroz de la muerte ímpia.
Mas allá de aquellas sedas
A los cristales unidas,
Mas hondo que los demas
Queriendo lanzar mi vista,
Súbito hallé reflejadas
Las tumbas y losas frias,
Que ante el vestíbulo estaban
De aquella iglesia bendita.
Escarnio, ironía, infamia,
Ensueños de fantasía,
Me pareció aquel contraste
De la muerte con la vida.
¡Mirar en un mismo espejo,
Y entre ruido y alegría,
Un cementerio desierto
Y una feria concurrida!
¡Ver los mármoles inmóviles
Con tristes letras escritas,
Y cual fantásticas formas
De apariciones impías,
Ráudas pasar, eclipsando
Las mismas tumbas tranquilas,
Cien y cien mugeres bellas
Cubiertas de pedrerías!...
Tambien tú, sacro edificio,
San Pablo, tambien se miran
Tus duraderas columnas
Tus elevadas cornizas
Entre vidrieras mezcladas
Con plumas y baratijas;
Mas pasaran todas esas
Glorias y pompas de un dia,
Y tu quedaràs reinando
Tal vez solo entre las ruinas..
Pero ay! llegará tambien
El dia en que derruidas
Esa cúpula soberbia,
Esas columnas corintias,
Solo ofrezcas à la mente
Del mortal estremecida

Memorias mil de grandeza
 Imágen de gloria efímera!
 Entre las quebradas piedras,
 De ramage circūidas,
 Podras ver quizá sentado,
 En el rostro la agonía,
 Algun hombre de otro siglo
 Y de alma contemplativa,
 Gozándose en el sublime
 Que en tu quietud hallaría.
 Quietud y calma que solo
 A ratos interrumpidas
 Por el susurro del viento,
 Le retrasará los días
 En que mil divinos coros
 De jóvenes repetían
 Sacros himnos que la bóveda
 Inundaban de armonía.
 Y mirará los sepulcros
 Quizá las estátuas mismas,
 De los héroes que ilustraron
 La Británica marina.
 Elliot allí! Collingwood,
 Abercrombie y Howe que un día
 Junto al Delawar, lidiando
 Con heroica bizarría,
 De Washington inmortal
 Fuè el ilustre antagonista:
 Dervis allí, Picton, Moore
 Que en la española Península
 Pereciera derrotando
 De los franceses las filas,
 Allí Nelson... nombre ilustre
 Alma grande y atrevida,
 Cuyos hechos inmortales
 Y hermosa biografía,
 Serán siempre admiracion
 Y formarán las delicias
 De todo inglés, cuyo pecho
 Al nombre de honor palpita
 Cual héroe, ó Nelson, triunfaste
 En mil contiendas reñidas,
 Cual héroe á tu patria honraste
 Cual héroe mi alma te admira;

Mas nunca olvidar pudiera
Que en tu ambicion de conquistas,
Contra mi querida patria
Enderezaste tus miras,
Y á Santa Cruz de Tinerfe
Que en tranqnila paz yacia,
Dirijieron tus bajeles
Sus tremendas baterías:
Mas no dió el lauro á tu frente
La victoria en aquel dia,
Que lo guardaba á los buenos
Que su patria defendian.
Triunfó Santa Cruz ¡qué mucho!
Su causa era de justicia,
Y jamas un pueblo libre
Que honor y valor respira,
Cedió al poder y violencia
De invasiones enemigas.
Así mi patria con gloria
El timbre grangeó de *Invicta*,
Gloria inmortal! pues el nombre
De Nelson con ella brilla
Y con la gloria del héroe
La de mi patria vá unida.
Asi mil hechos de historia
Desastres, guerras inicuas,
Recordará el venidero
Contemplador de las ruinas;
Y quizá será reciente
Para él, la gran caída
De algun dilatado imperio
O absoluta monarquía,
Y juzgará ser ensueño
De su mente estremecida,
Que un tiempo en el mundo hubiera
Despostas ni tiranía...
Porque despues de mil guerras
Y mucha sangre vertida,
Acaso él verá la era
En que al universo rija
La libertad asociada
Al orden, paz y justicia.

Londres Junio 1858

MI LIBERTAD.

CANCION.

Aquel que vivir quiere
Tranquilo y siendo amado,
En mí tiene un dechado
De gran sinceridad.

A Filis enamoro,
Y al paso que la adoro
Me gusta mas que Filis
Mi amada libertad.

Celosa muchas veces
No quiere que á otra mire,
Ni que hable, ni respire,
Ni tenga sociedad.

Y aunque por complacerla
Prometo obedecerla,
Me gusta mas que Filis
Mi amada libertad.

Yo fui tambien de aquellos
Frenéticos y ciegos,
Que imploraron con ruegos
De Filis la piedad.

Fui loco, lo confieso,
Mas ya que tengo seso,
Me gusta mas que Filis
Mi amada libertad.

Creed, amigas mias,
Si alguno amor os jura,
Que el que mas lo asegura
Dice menos verdad.

A Filis de igual modo
Lo juro yó, y con todo
Me gusta mas que Filis
Mi amada libertad.

Así es como los hombres
Desde el principio amaron,
Así es como enseñaron
A la posteridad.

Yo que su ejemplo sigo
No os admireis, os digo!
Que mas quiero que Filis
Mi amada libertad.

DESPEDIDA DE INGLATERRA.

á bordo de la Barca "LADY CATHERINE BARHAM,"

Vuelve á mis manos, vuelve ó dulce lira
Que ya por largo tiempo
En cruel abandono te he tenido,
Si bien nunca en olvido:
Olvidarte! imposible! tu que un dia
Respondiendo con écos de armonía
A mi dichosa inspiracion, colmabas
De gloria y de placer el alma mia.
¡Pudiera yo olvidarte!—Necio, impio,
Sacrílego fuè el voto
Que al verme entre las garras inclementes
De un mundo material y descreido
Yo hiciera en fatal hora
De echarte para siempre en el olvido;
Pues si ese mismo mundo de pesares
Con mano férrea el corazon tocando
Contínuo lo oprimia y lo llagaba,
Muy pronto este tormento y pena impia
Por dicha se trocaba
En dulce y habitual melancolía.
Y este era el sacro instante
De demandarte inspiracion, ó liral
Y, cuantas, cuantas voces
Sublimes, misteriosas,
Escuchábanse entonces armoniosas!
¡Qué de imágenes bellas, qué veloces
Cruzaban por el aire, en pos viniendo
Un tropel de recuerdos venturosos
De infancia, patria, amigos,
De padres y de hermanos,

De vergeles y climas deleitosos!
¡Santa Imaginacion! Don que los cielos
Cual grato alivio al hombre concedieran
En tantos padeceres
Como su vida sin cesar corroen;
Yo te bendigo, sí, y aunque pudiera
Los males lamentar que me has causado,
Estos son nada en la balanza puestos
Con tus supremos bienes.—Agoviado
Por largo tiempo el corazón, tu antorcha
Casi dejé extinguir, y solo pude
Cantar las sensaciones
De uno y otro momento,
Para poder un día darles vida
En lúgubres canciones,
Valido de tu influjo poderoso,
Y el eco de mi lira armonioso.
Día feliz ya por mi bien llegado.
Al fin de Londres el bullicio eterno
Mi meditar tranquilo no interrumpo;
No miro ya edificios
Dè color negrecido que intercepten
La vista de los Cielos y los Campos,
En medio ahora à las verdosas aguas
Que borrascosas baten
Las bellas costas de Inglaterra y Francia,
Puedo estender en derredor con júbilo
Mis deslumbrados ojos; y à los mares
Y al horrisono viento
Pediré inspiracion, pediré ansioso
Bello acompañamiento
Para los cantos que entonar intento.
Vuelvo la vista en torno; coronado
Por los rayos del sol ya declinante
El castillo de Dover se divisa
A nuestra diestra; el horizonte todo
Cubierto de mil velas, y ondeando,
A merced de la brisa,
Se ven los pabellones
De Britania y de todas las naciones.
¡Britania!.. ¡Nacion grandel
Poderosa entre todas y opulenta,
Ya es fuerza despedirme, ya tus costas
Van desapareciendo...

A Dios,! Lóndres inmensa,
 Ciudad altiva en cuyo rico seno
 He visto congregado cuanto encierra
 De mas sublime y á la par horrendo
 El mundo físico y moral... Virtudes
 Dignas de un Dios, mil hechos inmortales,
 Acciones viles, detestables vicios,
 Iniquidad, horror—tal es la vida,
 Tales los cuadros que en contraste eterno
 Pasan y pasan en el centro hirviente
 Del Pueblo de la tierra.--Bien me acuerdo,
 Lóndres altiva, de la vez primera
 Que tu suelo pisara, largamente
 Grabadas en mi mente
 Estarán las sublimes impresiones
 Que tu grandeza me infundiera.—Calles,
 Paseos, edificios, monumentos,
 Recintos de las ciencias y las artes,
 Todo mi alma de entusiasmo henchía,
 Y con árdua porfia
 El libro registrando de la Historia,
 Observaba, aprendía,
 Y admiraba, Inglaterra, tu alta gloria,
 Y al admirarla un sentimiento santo
 Tal vez allá en mi pecho renaciera,
 Y empuñando la lira pretendiera
 Entonar con placer sublime canto.
 Empero de improvisó
 Faltó el espacio, el tiempo; mi sosiego
 Despareció tambien, y ya empleado
 En mas árduas tareas—A dios artes!
 Esclamè con dolor, ciencias sublimes
 Literatura, Historia,
 Celeste Poesía,
 Adios, adios por siempre, y porfiando
 Con súbita energía,
 En recobrar la maquina presteza
 De acción y movimientos
 Que ora mi nueva obligación pedia,
 Pasé meses y meses!...
 En ellos fué que á veces
 Mis ojos por acaso se tornaban
 A la callada lira,
 Y por mi mente rápidas pasaban

Imágenes impías,
 Hoscas apariciones,
 De aquellas que tan solo inspirar saben
 Dolientes elegías,
 Tristes endechas, lúgubres canciones.
 Y este hervir de mi mente poco a poco
 Trocárase en delirio,
 Delirio vehemente que en la noche
 Continuo me agitaba,
 Y de tristes ensueños con frecuencia
 Anegado en sudor me despertaba.
 Así yo ví perderse
 Mis fuerzas corporales.— Ya mi rostro
 Delgado, macilento, no ostentaba
 El rosado color que en otro tiempo
 De salud diera indicio, y de mi labio
 El carmin encendido
 Vi del todo perdido.
 «Huye estos climas, á la par gritaron
 Amigos y Doctores—Al instante,
 No hay vacilar, en la templada zona
 Recobrarás la vida que estos aires
 Mortíferos van rápidos minando;
 A la mar, á la mar!» Y en este tiempo
 La nave que á otros climas mas ardientes
 Conducirme debiera,
 Su flámula en el Támesis ondeaba,
 Y á salir á la mar se preparaba.
 Salve, una y otra vez, hermosa nave!
 Ya en tu seno me tienes contemplando
 El cielo, el mar, la tierra, y á su aspecto
 El corazon opreso se dilata.
 No los primores que en su centro encierra
 Lóndres, la gran Ciudad, ni cuanta plata
 Abriga en sus entrañas la honda tierra,
 En cambio yo aceptara por las horas
 De libertad y vida,
 Que he de gozar en tu mansion querida.
 Clavada empero en lo interior del alma
 Una imagen divina me persigue!
 Linda como las flores de mi patria,
 Blanda, tierna, sensible
 De mirar melancólico, apacible,
 Y de virtudes adornada, entre ellas

Brillando con dulzura
Su virginal modestia y su recato,
Que elocuentes revelan su alma pura.
Nise, divina Nise. donde quiera
Que ahora te encuentres, en el campo hermoso
De la ciudad inmensa desalado,
Hasta tu dulce lado
Vuela mi corazon, y al figurarme
Que aun tus gracias estasiado admiro,
Que veo tu sonrisa seductora,
Que escucho la tu voz encantadora,
Y de tu pecho acaso algun suspiro,
Nise, divina Nise,
Ensalzado á los cielos me contemplo,
Y el hombre entre los hombres mas felice.
Mas ay! que disipada
Cual leve nube la ilusion dorada,
Solo me encuentro, y pienso
Que cada soplo de ligera brisa
Que hincha las velas y los mares riza
De tí me aleja mas y mas; y entónces
De quebranto mortal acometido,
La vista clavo en la Britana costa,
Y de mis mustios ojos
Una lágrima rápida cayendo
¡Adios, ó Nise! esclamo ¡adios, ó tierra
De bendicion que encierra
En su dichoso suelo
Un ser encantador, muger divina,
Dechado de virtud, ángel del cielo!

1839



ADAMUGER

Your first small words are taught you from her lips
Your first tears quenched by her, and your last sighs
Too often breathed out in a woman's hearing,
When men have thrunk from the ignoble care
Of watching the last hour of him who led them.

(BYRON)

I

En el valle de la vida,
De peñascos circundado
Y de espinas erizado,
La muger es una flor.

Una flor blanca y hermosa
Que aun plantada entre zarzales
Y entre inmundos lodazales
Vierte siempre puro olor.

Ella cambia en paraiso
El mas yermo despoblado,
Ella sabe del malvado
Ablandar el corazon.

Es un bálsamo en las penas
Que aquejan al desvalido
Y fué siempre al afligido
Un ángel de bendicion.

II

De flores adornado y de festones
Y de antorchas sin fin que en mil espejos
Sus luces esplendentes multiplican,
Preséntase un salon, y de él en medio
Un brillante banquete, do tan solo
La alegría preside y el contento.
Corren veloces las sonantes copas
El nectar revosando de Lico
Y mil brindis y báquicas canciones
Repiten del salon los largos ecos.
Nada alli falta que colmar pudiera
Del hombre los caprichos y deseos,
Nada de cuanto adula los sentidos,

Y el alma llena de deleite inmenso.
El júbilo, no obstante, primitivo
Por grados lentamente fué cediendo,
Y á los gritos y lúbricos cantares
Sucediose por fin triste silencio.

Al extraño contraste de improviso
Un joven que entregado estaba al sueño
Despertó pavorido, y observando
Que iban las luces rápidas muriendo
Y que todos los jóvenes presentes
Yacian en los brazos de Morfeo,
Trató de que la mustia concurrencia
Retornase á su júbilo primero.
Renuevanse las luces, los dormidos
Sacuden el letargo y con respeto
Un brindis se propone en gloria y honra
Del sexo encantador. En el momento
Truena la estancia con ferviente aplauso
Y con mil himnos á la diosa Venus.
¡Viva! clama una voz entusiasmada,
¡Viva por siempre el dulce bello sexo!
¡Viva! repite un coro, y que al instante
Venga á animar con sus hechizos bellos
Nuestro entusiasmo agonizante: venga
A colmar nuestra dicha el lindo sexo.

Así hasta en las inmundas bacanales
Egerce la muger mágico imperio.
No es empero en tan lóbregas orgias
Do brillan sus virtudes y sus méritos,
En bailes, en festines, donde quiera
Desplegar puede la muger su inmenso
Poder de avasallar; pero sus dotes
Y su virtud de inestimable precio
Solo entre escenas de dolor y llanto
Brillan vertiendo mágicos destellos.

III

Era una noche de terror; los vientos
Su furia por instantes redoblaban,
Las olas á los cielos,

Cual montes, rapidísimas se alzaban,
Y de abismo en abismo
Nuestra misera nave arrebataban.

En mi lecho entretanto reclinado,
Sordo à la furia de la noche impia,
Tranquilo yo dormia,
Mi flaco rostro de sudor bañado:
Que una fiebre funesta noche y dia
Tenaz me aniquilaba
Y débil, sin aliento en el reposo
Un alivio dulcísimo encontraba.

Empero, de repente
Una grita infernal de humanas voces
Acompañadas del sonoro estruendo
De copas y de vasos
Me arrancara en mal hora de los brazos
Del ídolo del triste, el dios Morfeo.

Algunos pasajeros que aterrados
Por la señal de tempestad, cobardes
Embotar los sentidos pretendian
Con vinos y licores,
Cual siempre en tiempo tal hacer solian,
Eran de la algazara promotores.
Vano fué ya mi intento
De tornar al reposo apetecido
Que en diabólico acento
Sonaron estas voces en mi oido.

—¿Que hace ese jóven alla dentro? ¡pestel!
Siempre encerrado, siempre mustio... ¡diantre
Con el mocito este!
Y luego dice que se encuentra débil,
Y decaido, y que se yo... ¡preciso
Si no come ni bebe;
Mas ya haré yo que comas
Y que bebas tambien.— Y en el instante
Abriéndose la puerta, vi delante
Un hombre harto robusto y corpulento
Que en su trémula mano sostenia
De vino una botella; vacilante
Hacia mí se acercara, y con acento
Ronco y desapacible
—¡Ea! garzon, gritó, salta del lecho
Y embucha este vasito de buen vino,
Es Madera divino,

Y un trago, fía en mí, te hará provecho,
Ya yo llegaba á mis ardientes labios
La copa malhadada,
Cuando por otra mano de repente
El brazo mio sentí asir. — ¡Detente!
Dijo una voz de celestial encanto,
Yo soy tu amiga Elfrida,
Que vengo á socorrerte;
Si bebes de esa copa hallas la muerte,
Bebiendo de este vaso hallas la vida.
Y arrebatando la funesta copa
De mis débiles manos, á mis labios
Llevó su alma bebida
Cual nectar de salud la amable Elfrida.

Torné entónces al sueño,
Y muy pronto otra imagen cariñosa
Yo miré de repente
En mi delirio ardiente.
Era mi madre en llanto sumergida,
Llanto de gratitud y de ternura,
Que llegando amorosa, con dulzura
En sus brazos ciñó á la bella Elfrida.

Veloz fué la ilusion, que al punto mismo
La bacanal dobló su gritería,
Y al sobresalto súbito
Crejera en mi agitada fantasía,
Verme bajar del cielo al hondo abismo.

— ¡Cuántas veces mirando el entusiasmo
Que por las bellas artes me agitaba,
O al oír de la música el acento
O la lira del vate que cantaba,
Yo he visto al hombre estúpido reírse
De la moral belleza y sentimiento
Que en su fatal barbarie no entendía
Y en su alma vil no hallaba simpatía!
¿Y quien en tal angustia me animara?
¿Quien con mágico hechizo consiguiera
Que al fin no se apagara
De mi imaginacion la sacra hoguera?
La muger solamente;
La celestial muger, en cuyo pecho
De honor y de entusiasmo susceptible
Se halla siempre una fibra que palpita

Al nombre de virtud, y que sensible
A cuanto es noble y bello, entender sabe
Del vate las divinas impresiones
Y del genio apreciar las creaciones.
Si en medio à tales hombres
Una muger por dicha se encontraba,
Yo à ella por instante me acercaba,
Y en sus ojos brillantes
Ya de llanto bañados,
Ya lánguidos, ya tristes ó radiantes
O en su mirar en calma,
Yo con placer leía
Los distintos afectos que en su alma
Infundiera la dulce poesía.

La muger en combates y torneos
Cual sacra diosa presidiera un dia,
A su mirada el corazon de acero
Del campeón magnanimo latia:
Su presencia, del noble caballero
El valor aumentaba
Y si el triunfo dichoso conseguia
A tus plantas sumiso se arrojaba,
Y el premio que aguardaba,
De tus trémulas manos recibia.

Entonces los divinos trovadores
Sus liras entonando armoniosas
Con fervido entusiasmo y sacro fuego
Cantaban la victoria
Del triunfador feliz y su alta gloria,
Y modulando luego
Los ecos de sus liras, con blandura
Rendian mil loores
Al divino placer, à la hermosura,
A la diosa de amor y à los amores.

Nunca empero, tan bella apareciste
O muger, à mi alma seducida
Como al mirarte triste
Junto al ara de un templo arrodillada,
De enlutado crespon toda vestida,
Y de ligero tul toda velada.
Que detras de ese velo muchas veces
Adivinar creyera
Un rostro angelical adolorido

Y quizá por el llanto humedecido:
Llanto, sí, de piedad ó de ternura,
De placer, de pesar, de un sentimiento
Noble y de amor, que acaso no defino,
Pero siempre ideal, siempre divino.

Cual esposa, cual madre ¡que de hechizos!!
¡Cúantas virtudes de eternal dulzura
No nos presenta la muger!—Nacida
Para amar y sufrir acá en la vida,
Bellísima fué siempre su figura.
Ya aparezca en sus brazos remeciendo
A su hijo inocente;
O ya que contristada se presenta
Orando de rodillas sobre el marmol
De infausta sepultura.

Cabe al lecho de muerte, en la agonía
De algun objeto amado, heróica y grande
Su virtud resplandece. Cuando el hombre
Huyendo un aire, infesto, estremecido
Se aleja de aquel sitio de la muerte,
Ella mas firme y fuerte
Junto aquel lecho vela,
Asiste al moribundo, le consuela,
Recoge sus suspiros y su aliento,
Y de amor le habla hasta el postrer momento.

No es muger, es un ángel:
Un angel descendido desde el cielo
Para ser de los hombres el consuelo;
Es el ente divino que tal obra
Cuando sublime caridad le inspira
Angel consolador, ente divino,
Amorosa muger; si en este mundo
Las iras de mi bárbaro destino
Gozar no me dejaron tus caricias
Ni de un amor sincero las primicias,
Sea al menos mi suerte
En el postrer instante de mi vida
Sentir tu mano con la mía asida
Oir tu dulce acento
Y exalaré feliz mi último aliento.

AL MAR.

(A MI AMIGO EL SR. D. JOSÉ MARIA DE BUCHACA Y FREIRE.)

*Dark heaving; boundless, endless and sublime--
The image of Eternity--the throne
Of the Invisible.*

(BYRON.)

Frio, oscuro, de nieblas cubierto
Sin que un rayo aparezca del sol,
Es al alma este día horroroso
De tristeza, de luto y pavor.
Solo escucho del viento el silvido,
De los mares el sordo bramar,
Los maderos, con roncós gemidos
Respondiendo á los golpes del mar.
Mar sublime, grandioso elemento,
Que te esplayas potente do quier,
Tu demuestras de Dios la grandeza,
Tu demuestras su inmenso poder.
Cuando al cielo tus ondas alzadas
Tu furor nos pretendes mostrar,
Y que en hondos abismos presentas
Mil sepulcros al triste mortal;
Lleno entónces de lóbrego espanto
Te proclama del mundo Señor,
Y en su pasmo la frente dobléga,
En tí viendo las iras de un Dios,
Mas así que enfrenados los vientos
Se acallára tu bronco rugir,
Y que en plácida calma presentas
Superficie de bello zafir,
Consolada su alma se goza
En mirarte una vez y otra vez
Y en tu misma mudanza improvisa,
La clemencia de Dios piensa ver.
Y yo ahora al mirarme en tu seno,
Ya agitado, ya en calma feliz,
Los diversos afectos que inspira

En mí siento vehementes hervir.

Si en oscura, terrífica noche

Te levantas en recio huracan,

Pre-dispuesto á sublimes ideas

Te contemplo, me pongo á pensar;

Y con lento vagar por mi mente

Va pasando una y otra ilusion,

Ilusiones de gloria y grandeza

De heroismo, virtudes y honor.

Mas si en calma apacible me ofreces

Puro espejo de terso cristal,

Do los rayos de pálida luna

Blandamente se ven reflejar;

Por süave deleite arrullado

Son entónces de amor y amistad

Las imágenes bellas que pasan

Halagando mi frente al pasar:

Y recuerdo feliz las primeras

Impresiones de amor celestial,

Los placeres de infancia inocentes,

Y los gozes de amor fraternal.

Al volar, solo entonces, los dias

Entre juegos y risa infantil,

Disfrutando el momento presente

Yo vivia tranquilo y feliz:

Mas despues que voraces pasiones

En mi pecho empezaron á arder,

De ellas víctima gimo, y mi vida

Solo es vida de llanto y de hiel;

Que un deseo perenne, insanciable

De virtud è ideal perfeccion,

Elevándome al Cielo me lleva

A buscar otro mundo mejor:

¡Vano empeño! Ese mundo ilusorio

Que osa el hombre en su mente forjar,

Si alcanzarlo un instante creyera,

Desparece al instante fugaz...

Y al mirarse otra vez amarrado

A esta tierra que al fin llegó à odiar,

Se oscurece su alma, y espera

Que la muerte termine su afan.

Y no solo de escenas pasadas

La memoria intenté revivir,

Que con ansia la vida tendiera

Hacia el hondo, falaz porvenir,
 Mas al verlo entre nubes cubierto
 Sin mirar ni una estrella de amor
 Resignado la frente doblára
 Del destino al poder superior.

NO ES LA PATRIA.

—«Tierra, tierra! el horizonte
 Al norte, al sur y al ocaso
 De mil montañas azules
 Ya se mira coronado.
 Guadalupe, Deseada,
 Islas del Americano
 Continente, ¡salve, salve!
 Ya por fin tras largos años
 De pesares y de ausencia
 Con júbilo os saludamos.»
 Así exclamaron á un tiempo
 Con acento de entusiasmo
 Los alegres pasajeros
 Cuando la tierra avistaron,
 Y uno de ellos hácia mí
 Acorriendo alborozado
 —¡Que es eso! exclamó, al momento
 En que todos rebosamos
 De placer y de alegría
 Al ver la tierra que tanto
 Anhelábamos, tú solo
 Apareces cabizbajo,
 Decaido y... ¡mas que miro
 Una lágrima bajando
 De tus ojos!—Perdonadme
 Si en medio del entusiasmo
 General, yo solamente
 Señales doy de quebranto;
 Pero es que en esa misma tierra
 Donde vosotros acaso
 Esperais abrazar pronto
 Mil prendas y objetos caros
 No me ofrece á mi ninguno
 De estos divinos encantos;

Y antes bien aquellos montes
Que se elevan azulados,
De mi patria en mi despiertan
Un recuerdo asaz amargo.
— Empero pronto verás
Nuestros deliciosos campos,
Sus frutos y sus plantíos
Y mil árboles estraños:
Verás á nuestras mugeres
Enriquecidas de encantos,
Cual la aurora placentera
Purpúreos así sus labios,
Dorado su almo cabello
Cual del sol los puros rayos,
Cual el cielo de estos climas
Sus ojos así azulados:
Tú las verás, y al instante
Que las veas, el ingrato
Recuerdo de esa tu patria
Verás tambien disipado.
— Mas no veré las campiñas
Que el Teide domina ufano,
Ni las Canarias palmeras,
Ni sus mirtos y naranjos:
No veré sus hermosuras,
Modelos de gracia y garbo:
Cual el brillo en bella noche
De la luna dulce y blando,
Asi la espresion divina
De sus rostros agraciados,
Cual via láctea en los cielos
Sus cuellos así argentados,
Y cual radiantes luceros
En el espacio brillando,
Sus ojos así espresivos
De amor vierten puros rayos:
Mas ah! yo verlas no puedo,
Y al recordar sus encantos
Siento tambien de mi patria
El recuerdo reanimado.
Gozad vos, pues, de la dicha
Que el cielo os ha deparado
Volviendo alegres los ojos
A aquellos montes lejanos;

En tanto que yo corriendo
Paises para mí estraños,
Espero volver un dia
A ver el suelo Canario.

SONETO.

Escrito en un album en Jamaica.

¡América divina! en tu almo suelo,
De verdura do quiera entapizado,
Superiores virtudes he encontrado
Cual descendidas desde el alto cielo.

De un triste porvenir el denso velo
Así que ante mi vista ví rasgado
Yo contemplaba en mi fatal estado
La negra tumba cual feliz consuelo:

Empero cuando al fin plugo á mi suerte
Depararme el asilo venturoso
De alma Beneficencia, detenerte

Quisiera, ó espectro del no ser odioso;
Que al ver el brillo de virtud hermoso,
Muy dulce es el vivir, triste la muerte:

1839

CAPRICHO EROTICO.

Ven conmigo al campo hermoso
O dulce bien de mi vida;
Ven conmigo, cara Elfrida,
Salgamos de la ciudad.

Del mundo la vana pompa
Cansa pronto á un fiel amante,
Huyamos por un instante
O Elfrida, la sociedad.

Dejemos atras veloces
Esos fuertes y murallas
Que me recuerdan batallas
Y guerra, sangre y horror.

Y llegaremos al sitio
De palmeras coronado,
Que parece destinado

▲ los coloquios de amor.
No quiero ver los horrores
De políticas tormentas,
Ni las víboras sangrientas
De la discordia cruel.

Oír quiero, no sentencias
De filósofos y sabios,
Palabras, sí de tus labios
Tan dulces como la miel.

¿No sabes, ó amada, porqué he preferido
El sitio florido que pisan tus pies?
En él cada objeto que Natura ostenta
Fiel me representa tu gracia y tu prez.

¿No ves esas palmas con aire elegante
Del viento sonante mecerse al compas?
Pues ellas imitan el garbo y finura
De esa tu cintura y airoso ademan.

Si torno la vista al cielo esplendente
Do brilla fulgente la estrella de amor,
Mirar los tus ojos en él me figuro
Que no es menos puro su hermoso color.

La aurora carmínea que asoma riente
Allí en el Oriente, de bello matiz
Pintara tus labios y tierna mejilla,
Dó plácido brilla sin par carmesí.

El rudo peñasco que altivo descuella
Do la oía se estrella con hórrido son,
¿No es símbolo acaso del temple inflexible
De algun insensible, cruel corazon?

Esto dijera un mancebo
A su prenda idolatrada
Que en ruboroso silencio
Sus palabras escuchaba.
Por largo trecho sus ojos
En el peñasco fijara,
El embate contemplando
De las olas irritadas.
Por último una sonrisa
A sus labios asomara,
Y tornándose al mancebo
Que su beldad contemplaba,
Con dulce voz le contesta
Pronunciando estas palabras:

«El alto peñasco que duro dijiste
Que tanto resiste las iras del mar,
De la ola furiosa al golpe violento
En este momento yo ví vacilar.

Así la dureza cedió á la constancia,
De perseverancia es grande el poder,
Y mil duros pechos de amor combatidos
Al cabo rendidos se vieron ceder.»

—Tu boca divina derrama el contento,
Con trémulo acento repuso el garzon,
Y al labio de Elfrida su labio llegando
Recibe temblando mil pruebas de amor.

Cartagena 1840.

FANTASIA.

ULTIMO SUEÑO

A. D. José Plácido Sansón.

I

La noche era apacible, el viento en calma
Y apenas un suspiro de la brisa
La mar rizaba, y en los altos mástiles
Las velas un momento sacudia.

Eran estos los mares azulados
Dó estan las siete rocas tan queridas,
Dó el Teide que en Tinerfe se levanta
Domina cual su rey las siete islas.

¡Lograra yo á lo menos avistarte
Monte de mil recuerdos!—La alegría
Que en el alma sintiera, acaso entónces
El prodigio feliz obrar podría
De destruir la abrasadora fiebre
Que lenta me consume y aniquila;
Y quizá de su actual abatimiento
Vuelta al cabo mi mente decaida,
Cobrará entonces su poder antiguo,
Su entusiasmo primero y su energía,
Y mil bellas imágenes, sublimes,
Contemplara otra vez mi fantasía.

Viera las sombras de infelices Guanches,
Inmortales guerreros que sus vidas
Vendieran en defensa de su patria
Por injustos estraños invadida.

¡De cuántos nobles hechos de heroísmo
Fueron teatro las Canarias islas!
¡Cuántos nombres ilustres en su Historia
Con horror consignados hoy se miran!
Y estos hechos heróicos, estos nombres
Son los que mi alma entusiasmado un día
La idea en mi escitaron de ensalzarlos,
Y pedí al cielo inspiracion divina.
Con temerario arrojó en un instante
Formé el plan de un poema, y con la misma
Osada presuncion ya principiaba
A sacar blandos sonos de mi lira,
Cuando el tiempo faltara, pues llamado
Por mi bien á la Europa con gran prisa
Hube de prepararme, abandonando
Mil proyectos de loca fantasía.

Esto diciendo, con dulzura el sueño
Hizo inclinar mi frente enardecida,
En tanto que la luna en el oriente
Ya su faz lentamente descubría.

II

Escucha ahora, amigo, el portentoso
Sueño que vino á consolar mi vida.
Parecióme que el cielo hácia occidente
De encendido encarnado se cubría,
Y que en medio tres manchas, cual tres nubes
Blancas y muy pequeñas se movian.
Poco á poco estas nubes aparentes
A crecer empezaron, y á medida
Que su forma aumentando, hácia la tierra
Su curso lentamente dirigian,
Mis ojos deslumbrados descubrieron
Tres rostros virginales de tres ninfas.
Rubio cabello en elegantes rizos
Sobre sus blancos hombros se mecía
En tanto que sus ojos con el cielo
En su color divino competian.
Eran blancas las vestes aéreales

Que sus esveltas formas circuián,
Y cual ligeras nubes, sin ruido
A merced de la brisa se mecían.
Ya estaban junto á mí; mas por momentos
Un tanto se alejaban, y hácia arriba
Blandamente subían, cual si alguna
Secreta fuerza de atracción activa,
Desde el alto zenit obrando en ellas
Las elevase á su mansion divina.
Al acercarse aun mas la vez tercera,
Sus diestras alargando las dos ninfas
De los extremos, en el propio instante
Mis manos con afecto sentí asidas;
En tanto que sus brazos descubriendo
La vírgen que en el medio aparecía,
En ellos me ciñera, un tierno beso
Imprimiendo amorosa en mi mejilla..
—Quien, quienes sois!— Con grito de sorpresa
Pude al fin exclamar—¿Quien os envía
De la mansion celeste?—Y al instante
Una voz de apacible melodía
Pronunció estas palabras—Tus hermanas,
Tus tres hermanas, que inocentes niñas
Al sepulcro bajaron, cuando apenas
La aurora comenzaba de sus días:
Guillerma, Juana, Emilia, estos los seres
Que con asombro en tu presencia miras.
Desde nuestra mansion hemos oído
Las voces tuyas y las ánsias vivas
Conque otro estado, y un mejor destino
Mas allá del sepulcro apetecías:
Y ese mundo mejor, ese otro estado
Que el sentimiento y la razon te pintan,
No es ilusorio, no, que eterno existe,
Y reales y eternas son sus dichas.

Guil.—¿Concibes los placeres inefables
Que en su interior gozara luengos días
El hombre que á otro hombre libertara
De algun peligro ó de la muerte impía?
Pues nada es este gozo comparado
Con los que allá en los cielos sentirías.

Em.—¿Comprendes las venturas indecibles
Que sintiera en su alma conmovida,
El hombre que á su patria retornara

Y á sus caros amigos y familia,
Despues de cruda, dilatada ausencia,
De soledad y penas y fatigas?
Pues mayor es la dicha que en la eterna
Mansion en dulce calma gozarías.

Juana. — ¿Recuerdas las delicias que probaras
Cuando al pulsar las cuerdas de la lira
La inspiracion sentiste, en tus oidos
Resonando dulcísima armonía?
Pues mil veces mas gratas sensaciones
Gozarás en el mundo de la dicha.

Las tres. — «Gozarás allá arriba, y ya nosotras,
De nuestro amado padre en compañía,
Ansiosas te esperamos en el mundo
De placeres, venturas y delicias.»

Asi diciendo, en el cerúleo espacio,
Ráudas desaparecieron las tres ninfas:
Y yo tornando del dichoso sueño,
Que realidad aun me parecia,
Atónito, agitado, hácia Occidente,
Dó fué la aparicion, volví la vista;
Mas solo viera el firmamento todo
Cubierto del color de grana viva
Que el sueño me pintó. — Los pasajeros
Y el capitan con ellos se perdian
En conjeturas, acertar queriendo
La causa del fenómeno que vían.
Algunos sin cuidarse de la causa,
Con ansia preguntaban harto viva,
El efecto probable que en los mares
Producir tal fenómeno podría;
En tanto que un antiguo navegante,
Que de causas y efectos se reia,
Recordando sus viages en el Norte
Aurora boreal lo denomina.
Yo referí del sueño que tuviera
La aparicion estraña y peregrina,
Mas ellos que con risa mofadora
Mi relacion oyeran, me decian
Desechase ridículas fantasmas,
Delirios de mi fiebre enardecida.

FIN DE LAS POESIAS.